
CIENCIA
FICCIÓN
EL RAYO
MUTANTE
PETER
KAPRA
R. CORTIELLA

El rayo mutante

PETER KAPRA

El rayo mutante

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 **Dr. Julián Álvarez, 151**
BARCELONA **BUENOS AIRES**

PORTADA: R. CORTIELLA

Depósito Legal: B. 24.481 – 1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

El hombre joven tendido en el sofá anatómico había dicho llamarse Dean Sorber y ser ingeniero electrónico y cibernético. Aparentaba poco más de treinta años y era alto, bien proporcionado, de cabellos cortos y rubios y facciones correctas y agradables.

El doctor Emory Stillman era psiquiatra.

Un médico de esta especialidad no podía extrañarse de nada en el siglo XXII.

— Ahora anda suelto por ahí… Debe estar comiendo… Siente un gran apetito, como yo. Ha de regenerar sus células… Soy yo mismo, ¿me entiende usted?

Emory Stillman no podía comprenderlo. Pero dijo con voz tensa:

— Continúe, por favor.

Ya hacía más de media hora que el psiquiatra había desconectado la grabadora magnética para ahorrar energía y cinta. Seguía escuchando. El relato era increíble y extraordinario. No tenía fin, sólo un principio de lo más inverosímil que Stillman había oído en su vida.

— Hasta sus ropas son parte de mis propias ropas… Sus ojos son mis ojos y su madre… ¡es mi propia madre!

— ¿Tiene usted hermanos?

— No. Soy hijo único; así que no podemos ser mellizos univitelinos.

— Era una sugerencia. Al nacer, se ha dado el caso de separar a dos hermanos, quienes han crecido en ambientes distintos, siendo exactamente iguales.

— No —replicó Dean Sorber secamente—. Ya le he dicho cómo surgió de mí. El rayo mutante realizó el desdoblamiento… Separó en dos grupos mis células, mis aminoácidos, mis núcleos y mis cromosomas…

«¡De mí ha surgido otro hombre exactamente igual que yo, y eso es para volverse loco. ¿Estoy loco, doctor?».

— No lo sé aún. En apariencia, no. Pero algo ha sacudido sus

neuronas, eso es evidente.

— ¡Las he repartido con él! ¡Hay un enorme vacío dentro de mí, como si otro ser se hubiese desprendido de mi propia carne!

— Ese vacío es aparente.

— Nuestro organismo se compone de células, cuyo número, según los biólogos, es de sesenta billones. Y las células se componen de núcleos, de cromosomas, de genes, de virus insignificantes... ¡Y todos ellos se componen de átomos! ¿Cuántos átomos forman nuestra estructura física, doctor Stillman?

— Nadie lo sabe. Debe ser un número infinito.

— Pues la mitad de mis átomos se han ido con él, gracias a ese infernal rayo del profesor Kuyawa.

— Deberíamos empezar por ahí. Señor Sorber. Es preciso que llame al profesor Kuyawa y le hable de usted.

Dean Sorber pensó vagamente en Sonia. Recordó los cobayas, la luz que los multiplicaba, las piedras porosas que Sonia había multiplicado una y otra vez... ¡Dos, cuatro, ocho, dieciséis, treinta y dos, sesenta y cuatro...! ¡Todas exactamente iguales, pero un poco más oscuras, a cada nueva creación mutante o yuxtapuesta!

— Llame usted a su hija. El profesor Yukawa se encuentra en Marte, en una expedición científica... Laboratorio de radiobiología de la Universidad de Pittsburgh... Doctora Sonia Yukawa.

Emory Stillman se puso en pie y fue hacia el muro de aluminio azul. Un pulsador invisible hizo descorrerse un panel y apareció la pantalla videofónica.

Al pulsar los botones, la pantalla se iluminó apareciendo un grabado con las siglas de la «telefoniscopia» americana.

Emory Stillman conocía de memoria el número de la Universidad de Pittsburgh, por haber estudiado allí y tener un hijo cursando estudios en dicho centro.

Al aparecer un hermoso rostro femenino, pidió:

— Helen, ¿quiere ponerme con la doctora Yukawa, del laboratorio de Radiobiología?

— ¡Oh, sí, doctor Stillman! Le pongo.

Sin embargo, nadie respondió a la llamada. La operadora insistió, pero en Radiobiología no contestó nadie.

— Lo siento, doctor Stillman. No contestan. ¿Quiere que envíe a alguien a ver qué ocurre? ¿O prefiere que le consulte con el apartamiento del profesor Yukawa? Puede que su hija esté allí.

— Sí, hágalo, Helen.

La pantalla se oscureció un instante. De nuevo apareció el semblante de Helen.

— Lo siento, doctor. El videófono está desconectado. Ni siquiera llama.

— ¿Quiere hacerme un favor Helen? Si sabe algo de la doctora Yukawa, llámeme a mi consultorio.

— Sí, doctor.

— Gracias.

Emory Stillman cerró el videófono y luego corrió el panel. Se volvió al paciente, que continuaba tendido en el sofá anatómico, y dijo:

— La doctora Yukawa no está en la Universidad, ni en su domicilio, señor Sorber.

— Debe estar buscándome.

— Dígame una cosa, señor Sorber Cuando recibió esa descarga radial, ¿estaba usted solo?

— Sí. Le repito que fui muy temprano al laboratorio. A las seis de la mañana. Son:, no acostumbra a llegar hasta las diez o las once. Yo había estado muy inquieto toda la noche, pensando en aquello.

— Otra pregunta, señor Sorber. Después de recibir los efectos del rayo, la otra persona... Su otro yo, ¿surgió de usted o, por el contrario, fue usted quien salió de él?

Dean Sorber levantó la cabeza, sorprendido, y miró al psiquiatra.

— Yo estaba allí... Pues... Me moví... Y no sé si salí de él o él salió de mí... ¡Somos exactamente iguales!

— ¿Quiere repetirme lo primero que habló? ¿Quién habló?

— Hablé yo. Dije... «¿Qué ha sucedido?», o algo así. Él me miró. Había estupor y asombro en sus facciones... ¡Le repito que era yo mismo! ¡Nadie podía haber entrado allí conmigo! ¡Primero estaba yo solo y después apareció él...!

— ¿Por qué vacila, señor Sorber? ¿Quién apareció después de quién? ¿Surgió usted de él o él de usted?

— ¡No lo sé! — gritó Dean Sorber, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Qué importa eso?

El doctor Emory Stillman se sentó detrás de su mesa y tomó una pluma eléctrica y una placa de vinilo blanca.

— ¿Qué le parece si empezamos por el principio? ¿Tiene usted prisa?

— No... Quiero que me ayuden... ¡Usted no puede comprender lo que es verse a sí mismo, fuera de mí...! ¡Ver a otro ser separado, que soy yo mismo, que habla y piensa como yo, pero que no soy yo!

— No. Tiene usted razón. No puedo comprenderlo. No creo que lo comprenda nadie. Le ruego qué empiece por el principio.

Al decir esto, Emory Stillman presionó la palanca de la grabadora magnética. De nuevo, las palabras del paciente volvían a quedar impresas en la cinta magnética.

* * *

Conocí a Sonia Yukawa en una fiesta universitaria. Fue cuando estaba preparando mi memoria sobre el «cyborg-5», para ingresar en la «Electronic and Cibernetic Inc.», de Nueva York.

Me había graduado un año antes y tenía prisa por obtener mis primeros ingresos. Mi beca de postgraduado llegaba a su fin. Si no obtenía el empleo habría de recurrir a mi lejano pariente, Henry Sorber, banquero de Los Ángeles.

Un compañero de estudios me llamó por videófono:

— ¿Qué haces esta noche, Dean?

— Trabajar, Jerry. Lucho contra el tiempo, preparando mi memoria.

— ¿No te sentaría bien una tregua feliz?

— ¿Fiesta? —traduje.

— Sí. Esta noche, los alumnos de fin de curso celebramos la «Despedida». Cien parejas, poco más o menos. Está todo pagado.

— Es un alivio. ¿Podré llevarme los bocadillos al refugio?

— Está feo venir con bolsas — rió Jerry —. Pero si tan mal andas, puedo prestarte un servicio económico. Acabo de recibir mi asignación.

— No, prefiero apretarme el cinturón. No quiero deudas. Pero iré. ¿Dónde?

— Sala de recreo y deporte de la Universidad. Hora, diez y media. ¿Te gustan las chicas orientales? Puedo presentarte a una compañera de Mary...

Acudí a la fiesta, que estaba muy animada, y Jerry Everett me presentó a la compañera de su amiga, Sonia Yukawa. No sé, doctor, si me enamoré inmediatamente de ella. Y no fue flechazo. Jerry, que tampoco conocía a Sonia, trató todo el tiempo de darle esquinazo a su amiga para estar con nosotros.

Sonia es... Bueno, olvide el concepto clásico de la mujer oriental. Fórmese una idea nueva, distinta, moderna, original, extraordinaria, mezcla de real y fantástica. Y, desde luego, una chica genial.

Estaba allí, como algo raro, fuera de su especie, modesta, callada, algo asustada. Su amiga Mary aparecía desdibujada a su lado. Hasta Jerry se dio cuenta y trató de cambiármela. Pero no pudo.

— Sonia Yukawa, doctora en Radiología... Jerry Everett, estudiante de fin de curso de ingeniería electrónica y...

— Mi amigo Dean —habló Jerry, confuso.

Sonia me sonrió e hizo una leve inclinación.

Luego me tendió la mano. Seguramente, fue Mary quien nos dejó solos. Se me ocurrió llevar a mi doctora oriental hacia una mesa llena de bocadillos y otras fruslerías.

— ¿No eres muy joven para ser doctora? —le pregunté, quedándome con la pregunta original de «¿No eres demasiado bonita para estar metida en ciencias? Te imagino mejor como «cover-girl»....

— Me gradué a los veintidós años.

— Te suponía menos.

— Tengo veinticinco.

De pronto asocié ideas... Sonia Yukawa... Profesor Yukawa... Radiología...

— ¡Oh, conozco a tu padre!—exclamé, ofreciéndole un bocadillo y una copa de ponche—. Naturalmente que sí. Un hombre muy docto. Aunque, sinceramente, confieso mi ignorancia en radiología.

— ¿Has oído hablar de «Madame» Curie? —me preguntó irónicamente.

Me sonrojé.

— ¡Por favor, Sonia! ¿Es un chiste japonés?

— Soy norteamericana. Mi madre era norteamericana... Desde luego, confieso que las radiaciones ultracósmicas serían pura fantasía para María Sklodowska. Mi padre quiere llamarlas «rayos hondos». Los descubrió durante la expedición «Sol-124». Estuvieron a un millón de kilómetros del Sol.

Me sentía cada vez más empequeñecido. Yo, un ingeniero electrónico, que apenas conocía a Suki Yukawa. Se me ocurrió decir:

— Me gustaría conocer a tu padre.

— ¿Quieres que te lo presente?

Intuí innumerables posibilidades. Con una carta de presentación del profesor Yukawa, unida a mi memoria, el puesto de la «Electronic and Cibernetic Inc.» sería mío.

Sin embargo, acepté, no por el egoísmo, sino por tener ocasión de ver de nuevo a Sonia.

La fiesta fue estupenda. Bailamos, pude aflojarme un poco el cinturón, tuve a Sonia en mis brazos e hice rabiar a Jerry y a otros. Mi chica destacaba mucho y también estaba allí, un poco como yo, para cambiar los aires del laboratorio.

Sonia era ayudante de su padre, el profesor Yukawa, y desde niña había crecido en medio de teorías físicas y energéticas.

Quedamos citados para el día siguiente, a las cinco, en su casa-jardín, en Jersey Bay, a cincuenta millas de Pittsburgh. Como es de suponer, deseoso de volverla a ver, alquilé un «Corrier» eléctrico y llegué puntualmente.

Me esperaba entre gardenias, lilas, rosas y tulipanes. Verla en medio de tanta belleza y comprobar que ella lo eclipsaba todo, me causó una impresión muy profunda.

— Papá nos espera para tomar el té, Dean. Le ha hablado de ti. Uno de los jefes de investigación de la «Electronic and Cibernetic Inc.», el señor Morton, fue alumno de mi padre.

Ni la escuché. Lo había olvidado todo. Entré con ella en la preciosa casa. Su padre estaba en una butaca y se levantó, saludándome muy ceremoniosamente.

— Sea usted bien venido a esta humilde mansión, señor Sorber —me dijo—. Ruego disculpe el desorden. Soy un hombre de ciencia y mi hija me ayuda a todas horas. No encontrará usted aquí más que sinceridad y amistad. Me alegra que, por fin, Sonia se relacione con muchachos de su edad.

— Usted me honra, profesor Yukawa — dije, sin dejar de mirar a su hija.

— ¿Verdad que no parece una flor de loto?

— ¿Flor de loto? Le aseguro a usted que causó impacto anoche, profesor. Hube de luchar por mantenerme a su lado.

Sonia rió. Nos invitó a pasar y tomamos el té, en torno a una mesa baja, de teca.

— Me ha dicho Sonia que se licenció usted el último curso y está tratando de conseguir un empleo estable.

— Sí, profesor.

— ¿En la «Electronic and Cibernetic Inc.»?

— Sí.

— Yo puedo hacer que le acepten sin necesidad de presentar memoria alguna.

— Hay más de cien aspirantes para cubrir diez plazas.

— Si me permite ayudarle, mi joven amigo, una de esas plazas será para usted.

— Muy agradecido. Aunque preferiría ganarme el puesto por méritos propios — dije, con dignidad.

Suki Yukawa sonrió y unió las manos en actitud de meditación.

— En nuestras universidades se gradúan muchos ingenieros técnicos. Pero son pocos los puestos de trabajo para esas legiones de

jóvenes con ansias de progresar. Una gran parte ha de esperar varios años hasta que obtienen lo que pretenden. Hay quien me ha ofrecido dinero por una recomendación, cosa que he rechazado.

«Pero en esa compañía tengo amigos. Dick Morton, por ejemplo, es jefe de investigación allí, gracias a mí. Se alegraría de poder hacerme un favor…

Por vez primera, tuve la sensación de que estaba mostrándose gentil conmigo, como hacen los padres que desean casar a sus hijas solteronas. Aquello era absurdo. Sonia sólo tenía que asistir a un par de fiestas y le lloverían pretendientes mejor situados que yo.

Reconozco que fui egoísta. Pero hubiese aceptado antes a Sonia que la recomendación.

Opté por quedarme con las dos cosas.

Y una semana después de haber enviado mi memoria, el propio Richard Morton vino a verme a mí apartamiento. Pegó varias patadas a los objetos y libros que cubrían el suelo, me miró como el gigante miraría al pigmeo y dijo:

— Cierra esto, hijo. No creo que puedas aprovechar más que los apuntes… ¡Ah, no te sorprendas! Soy Dick Morton, de la «E. C. Inc.». Recibimos tu solicitud. He venido yo personalmente para darte la noticia. Te han admitido… Aunque, a decir verdad, sobraba la carta del profesor Yukawa. Tu teoría sobre el «cyborg» es interesante. ¿Crees que un robot puede desarrollar sus propias ideas?

— Sí, lo creo — contesté.

— ¿Qué entiendes tú por células de sobreimpresión?

Me sentí seguro de mí mismo. Dick Morton no me pareció un «monstruo sagrado», sino un ser de carne y hueso, común y corriente, que se sentó ante mí, cruzando las piernas y apoyando la barbilla en su puño.

Le hablé de las placas de cadmio azul, de los reguladores de impresión, cuyo tamaño logré reducir a milésimas, de las bobinas iónicas en tubos de magnetita… ¡Y le mostré mi diseño original —mi gran obra— del disyuntor de energía micromagnética!

Tanto se interesó Morton por todo aquello que las horas pasaron volando y llegó el momento en que yo debía acudir a casa de Sonia. Mi sorpresa, al decírselo, fue grande, porque me respondió:

— Yo también ceno esta noche en casa del profesor Yukawa. Iremos juntos. ¿De qué le conoces?

— Soy amigo de Sonia.

— ¡Ah, preciosa muchacha! —pareció decepcionado—. Pensé que habrías colaborado con él en el rayo mutante.

— No… Sonia me ha hablado algunas veces de eso.

— Escucha, hijo. El puesto es tuyo en el laboratorio de investigaciones de la «E. C. Inc.». A cambio, debes ayudarnos para que las investigaciones del profesor Yukawa sean de aplicación en nuestra empresa.

Me envaré, casi indignado, porque no conocía a Dick Morton.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Escucha, hijo. Aprecio demasiado al profesor Yukawa y a su hija. No sé aún en qué relaciones estás con ellos. Lo sabré hoy mismo. Pero lo que yo no puedo hacer, tú si puedes conseguirlo.

«Si es necesario, la compañía te pagará el sueldo y una bonificación, pero en vez de estar colaborando con nosotros en Nueva York, debes conseguir que él te de acceso a su laboratorio radiológico.

— ¿Es usted capaz de pensar que voy a espiar los trabajos de… del profesor Yukawa?

Dick Morton se echó a reír.

— ¡Nada de eso, joven desconfiado! Quiero que colabores con el profesor Yukawa.

— Él no me ha dicho…

— Hoy mismo te lo propondrá. Además, Suki Yukawa es incapaz de desentrañar un misterio de la ciencia y guardarse el secreto para sí. Nosotros, que le conocemos bien, no queremos que su esfuerzo sea aprovechado por la competencia. ¿Me has entendido?

— Pues… No muy bien… Pero si él y usted…

Capítulo II

La idea de Dick Morton agradó al profesor Yukawa, me agradó a mí y entusiasmó a Sonia. Fue aceptada inmediatamente.

— En vez de tener que ir a Nueva York, a nuestros laboratorios, te quedarás a trabajar en Pittsburgh, como ayudante del profesor Yukawa. Pagará la compañía.

— ¿Cuánto le darán? — quiso saber Sonia, práctica y positiva, como mujer.

— Veinte mil créditos y cinco mil de bonificación.

— ¡Oh!

Sentí hormiguear mi cuerpo por todas partes.

— Hay un sistema de ayuda a universitarios graduados recientemente. La «E. C. Inc.» piensa en todo. Los que ingresan poseen un año de prueba. Se les adelanta un diez por ciento. Tú necesitarás un apartamiento decente, y no la cueva donde vives. Haré que te envíen mañana mismo veinticinco mil créditos.

— No me extraña que se disputen esas plazas, Dick —habló el físico.

— Se ha llegado hasta asesinar a un aspirante para quitarle el puesto. Naturalmente, no se consiguió, y sí le dieron un vibrador para arrancar piedra en la Luna durante veinte años.

«La «E. C. Inc.» es una de las mejores empresas de materiales y construcciones electrónicas. Pero, aparte de todo, Dean nos ha enviado una memoria estupenda. Su esquema del «cyborg-5» es inmejorable. Tiene ideas y parece que obtendrá patentes propias, cosa que resulta ya muy difícil.

— ¿No le interesaría más a la empresa tenerle en sus laboratorios de Nueva York? —preguntó Suki Yukawa.

— No, profesor Yukawa —contestó Dick Morton seriamente—. Y a propósito, quiero hablar con usted y con Sonia. Dean, que ya pertenece a nuestra empresa, puede saberlo también.

«Se trata de algo muy delicado. Sabemos que hay empresas americanas y extranjeras que tienen interés en obtener patentes internacionales. Ése es uno de nuestros mayores problemas.

Nosotros pagamos bien a nuestros colaboradores. Somos justos y equitativos. Pero otras empresas no lo son.

«Si pueden conseguir esas patentes técnicas e industriales sin hacer grandes desembolsos, su negocio es más rentable. Esto se hace desde tiempo inmemorial.

— Lo sé — Suki Yukawa asintió tristemente —. No es la primera vez que mi esfuerzo ha sido inútil. Con el circuito de cátodos que empleamos en la obtención de los «rayos hondos» nos ocurrió lo mismo. Mis diseños fueron fotografiados sobre mi mesa de trabajo, en el laboratorio. Luego patentaron los diseños en Inglaterra los de la «Zeta Electric Co.».

—Exactamente — afirmó Dick Morton —. En los laboratorios de investigación de la «E. C. Inc.» se toman excepcionales medidas de seguridad. Y algo de eso deseo que haga Dean con el laboratorio radiológico de la Universidad.

— ¿Quiere que Dean venga a trabajar con nosotros? — preguntó Sonia.

— Sí. Pero pagado por la «E. C. Inc.», con lo que obtienen un ayudante joven y gratuito, además de un guardián contra espías. Para ello sólo tiene que solicitar al Rector la colaboración del ingeniero Dean Sorber.

— Bueno... ¿Qué te parece, Sonia? —preguntó el hombre de ciencia.

— ¡Me parece estupendo, papá!

— Hecho, Dick. Mañana mismo solicitaré la admisión de Dean en Radiobiología.

Comprendí que existía una gran familiaridad y franqueza entre mis dos nuevos jefes. Dick Morton era un hombre práctico, de cuarenta y tantos años, risueño y decidido.

Después de la cena, el profesor Yukawa y el señor Morton pasaron al salón a conversar, y Sonia y yo salimos a la terraza. Hacía muy buena noche y entre las flores del jardín me sentí muy feliz.

Sonia tenía gran interés en hablarme de los trabajos que realizaban en el laboratorio.

— Nos serás muy útil, Dean — me dijo —. Nos encontramos con dificultades, que a veces han de solucionar los de otros laboratorios. El difusor de «rayos hondos» hubo de ser construido con ayuda del laboratorio de física. Y mi padre y el doctor Aldiss no se llevan muy bien; sostienen opiniones diferentes.

«Ahora tenemos un estudio muy importante, acerca de una aplicación práctica de un derivado de esos rayos...

¡Sonia me habló del «rayo mutante!

— Hemos de trabajar fuera de la cámara de radiación, donde no se puede entrar nada más que cuando está totalmente desconectada la línea de irradiación. Verás que la cámara está protegida por campos magnéticos que actúan entre paredes de cristal iónico.

«Esa instalación ha costado a la «E. C. Inc.», que es la patrocinadora de los estudios, más de cien millones de créditos.

— Pero ¿no es la Universidad la que proporciona los medios económicos?

— Para esa realización, no. Mi padre es catedrático de la Universidad y jefe del departamento de Radiobiología. Con el presupuesto universitario, no habría conseguido hacer absolutamente nada. Por eso, la «Electronic and Cibernetic Inc.» llamó a mi padre para que fuese con ellos a Nueva York, con un alto sueldo.

«Mi padre no quiso dejar la Universidad. La investigación y la enseñanza es su vida. Sin embargo accedió a facilitar todas las patentes a la «E. C. Inc.» a cambio de la ayuda financiera de ellos.

— Comprendo — asentí —. Es una buena ayuda para él y para la Universidad.

— Desde luego que lo es — replicó Sonia —. Y ahora, me alegro mucho que la compañía donde trabaja Dick Morton te haya incluido en su nomina, dándote un trato parecido al de papá.

— ¿Qué hacéis en esa cámara de radiaciones? — preguntó.

— Hace un año, mi padre logró lo que en principio llamamos la disociación molecular y atómica. Fue un experimento reducido, a pequeña escala... ¡Pero casi un ensayo de brujería!

«Por medio de un tubo de radiación «hondo», consiguió separar los átomos de un pedazo de carbón. Obtuvimos dos fragmentos del mismo, de distinto peso, masa y densidad, lo que físicamente era imposible.

«Después de estudiar detenidamente el proceso, llegamos a la conclusión de haber «transmutado» la materia. Esto no era cierto, ni mucho menos.

«Papá y yo perdimos muchas horas investigando el fenómeno, para lo que pedimos ayuda al laboratorio de química. El informe que nos dio el profesor de nuestros fragmentos de carbón fue más sorprendente aún.

«¡Los dos fragmentos eran absolutamente iguales! Pero el número de átomos de ambas piedras se había dividido. Por tanto, habíamos obtenido una muestra de «subcarbono».

«Repetimos la prueba con otros minerales. Al principio fallamos

algunas veces, por errores que pronto descubrimos. Luego, todo resultó bien. Obtuvimos un plomo menos pesado que dicho metal. Mejor dicho, de una pieza de plomo de cien gramos, obtuvimos dos piezas del mismo tamaño, pero de cincuenta gramos cada una, exactamente iguales.

— ¿Y habían perdido sus propiedades originarias?

— No lo sabemos aún. Todas esas muestras se están analizando en el laboratorio del profesor Kenn. Mi padre sustenta la teoría de haber descubierto la subvalencia de la materia, pero, en realidad, lo que hemos hallado es el medio de reproducir materia inorgánica por medio de las radiaciones «hondo», en una de cuya fase muy especial, se producen los rayos imitantes...

* * *

Aquella palabra se habría de convertir en obsesiva para mí, a los pocos días, cuando entré a trabajar, como ayudante del profesor Yukawa, en el departamento de Radiobiología de la Universidad.

Sonia me llamó a mi nuevo apartamiento, próximo a la Universidad, y me dio la noticia:

— ¡Todo solucionado, Dean! El Rector te recibirá mañana mismo. Quiere hacerte algunas recomendaciones previas. Le parece muy bien que te pague la «E. C. Inc.», y opina que eres un buen muchacho.

Recordé cuando el rector, Mr. William G. Bagger, al graduarme, me entregó el diploma de ingeniero técnico en cibernética y electrónica. Me sonrió, me dio la mano y me dijo: «Suerte, Dean».

En ocasiones anteriores, el rector me había hablado muchas veces. Una, cuando ganamos al «Splash», de Connecticut, en «rugby». Otra, cuando ganamos el campeonato universitario; en aquella ocasión, Mr. William G. Bagger me abrazó lleno de entusiasmo.

Por todos estos motivos, cuando me recibió el rector, al día siguiente del aviso de Sonia, le noté muy complacido.

— ¡Hola, ingeniero Sorber! — exclamó, tendiéndome la mano —. ¿Cómo te va?

— No me puedo quejar, señor.

— Desde luego que no. Has tenido mucha suerte con el empleo que te ha dado la «E. C. Inc.». No es fácil ingresar en la plantilla. Pero mucha más suerte al poder reintegrarte a la Universidad, como ayudante de! profesor Yukawa. Aprenderás mucho con él. La radiobiología está estrechamente vinculada con la electrónica. Será como una especialidad para ti.

«Debo advertirte que el profesor Yukawa goza entre nosotros de gran prestigio. Lógicamente posee adversarios y detractores. ¿Quién no los tiene? Pero él vive al margen de todo. Estudia y enseña al mismo tiempo.

«Tendrás que soportar a los alumnos en el laboratorio «A». Yukawa ha dividido el laboratorio universitario en dos partes. El «A» es nuestro. El «B» es privado y está financiado por la empresa electrónica que te ha empleado.

«Hemos de hacer esos arreglos porque conviene a todos, especialmente a la Ciencia, y porque nosotros no disponemos de la inmensa fortuna que se necesita para realizar ciertas experiencias.

«Aparte de estas cuestiones de índole interna, que ya irás aprendiendo, he querido hablar contigo antes de que empieces tu trabajo, porque nos gustaría mucho que volvieras al equipo universitario de rugby.

«Podemos nombrarte capitán. Entrenarás todos los días una hora. Eso no te quitará tiempo...

Esperaba aquella proposición y la acepté gustosamente. El rugby era mi pasión. Sentí dejarlo al graduarme. Pero ahora tenía una nueva oportunidad.

— ¡Desde luego que sí, señor rector!

— Gracias, Dean. Me llenas de felicidad. En estos últimos meses se notaba tu falta en el equipo. Contigo volveremos a ser lo que éramos antes. Y no hace falta que te diga que puedes contar conmigo para todo lo que necesites.

Nos estrechamos la mano y salí. Aunque todavía no estaba instalado en mi nuevo apartamiento, donde tenía mucho trabajo, decidí pasarme por el laboratorio, de Radiobiología.

Éste era una nave, aislada, como todas las demás, rodeada de árboles, de paredes de piedra, grandes ventanas, y donde se había instalado recientemente un enorme transformador, cuyos cables penetraban por una instalación de tubos de plástico.

En primer lugar, subiendo las escaleras, estaba la recepción, la entrada al aula, el despacho del profesor Yukawa y el de su secretaria y ayudante, o sea Sonia Yukawa.

La recepcionista era una chica delgada, con gafas, llamada Ethel, que sólo acudía por las mañanas a su trabajo. Ella era la que llevaba las notas y los expedientes de los alumnos.

Me estaba esperando, porque al verme se levantó y me saludó con mucha alegría:

— ¡Oh, Dean, no sabes cuánto me alegro que vengas a ayudar al profesor Yukawa!

Me extrañé de la acogida casi familiar. Luego supe que Ethel era una «hincha» del equipo de rugby universitario, y yo, algo así como su ídolo.

— ¿Dónde está el profesor?

— Tiene clase — dijo Ethel, señalando la puerta del aula—. Sonia está en el laboratorio «B».

Conocía el camino. Era preciso cruzar el laboratorio «A», donde trabajaban algunos alumnos adelantados de radiobiología. Una puerta de cierre electrónico separaba ambos laboratorios.

Saludé a los alumnos y fui hasta la puerta electrónica. El circuito videofónico me mostró a Sonia, quien se apresuró a franquearme el paso. Al abrirse la puerta, mi hermosa amiga, por la que empezaba a sentir algo más que afecto, me hizo una graciosa reverencia.

— Bien venido a bordo, Dean — me saludó.

Jamás había entrado yo en el laboratorio «B».

Observé las paredes verdes de cristal iónico, las luces y la antecámara, donde estaban los controles que dirigían las operaciones en el interior de la cámara de radiaciones, cuya puerta estaba herméticamente cerrada.

También observé que la instalación electrónica, el tablero de ensayos, los condensadores iónicos, microscopios, bombas de radiación, pantallas y el ordenador múltiple eran de gran calidad y alto precio. Todo aquello lo había facilitado la «E. C. Inc.», de Nueva York.

También había una mesa nueva, instalada aquella misma mañana, y un archivo con cerraduras de seguridad.

— Tu mesa de trabajo, Dean.

— ¿Mi mesa? ¿Qué debo hacer yo aquí?

— De momento, sentarte… Mira esto.

Me llevó hasta el tablero de ensayos. Bajo el complicado objetivo del microscopio electrónico de medio millón de aumentos, vi dos pequeñas piedras doradas, exactamente iguales. El porta-objetivo era deslizante.

— Cuarzo aurífero polarizado y sometido a radiaciones mutantes… De una piedra, hemos obtenido dos.

Tomé las dos piedras y las examiné atentamente. Desde luego, no podían ser más exactas. Hasta el más mínimo detalle estaba fielmente reflejado en ambas. Pero observé por el volumen, que cada una de ellas pesaba menos de lo que le correspondía juntas, empero, mostraban un peso idéntico al que debía tener una sola.

Vi también instrumentos de medición y peso, de gran sensibilidad.

— ¿Quieres ver cómo funcionan los rayos mutantes, Dean? —me preguntó Sonia.

— Sí, me gustaría — respondí.

— ¿Tienes algún objeto en los bolsillos, del que puedas prescindir, para reproducirlo?

En el bolsillo llevaba dos llaves, duplicadas, de mi nuevo apartamiento. Tomé una de ellas.

— ¿Valdrá esto? Es de acero inoxidable.

— Perfectamente. Vamos primero a pesarla.

Lo hicimos y anotamos el dato en una ficha.

La llave pesaba doce gramos.

Sonia la introdujo en un torno estriado, haciéndola pasar al otro lado del muro de cristal iónico, donde quedó sobre una mesa, Teníamos una gruesa pantalla para poder ver en el interior de la cámara de radiaciones.

— Es peligroso entrar ahí — me explicó Sonia—. La puerta siempre está cerrada. Por eso utilizamos el torno. Cuando hagamos experiencias con objetos mayores, será necesario abrir la puerta. Entonces tendremos que desconectar con anticipación los rayos «hondos».

Mientras decía esto, Sonia se situó frente a la pantalla de observación. Allí estaban los mandos de los brazos articulados, que manejó con maestría, haciendo que una de las pinzas de acero tomasen mi llave y la llevasen hasta una plataforma de metal bruñido, sobre la que incidían los tubos catódicos, de los que fluían rayos invisibles.

— Observa con atención tu llave —me dijo Sonia—. Voy a duplicarla con rayos mutantes.

Accionó algunos mandos y comprobó las oscilaciones de los indicadores de tensión. Luego, presionó un pulsador rojo, que hizo poner en marcha un cronómetro.

— ¡Atención, Dean! ¡Ahora!

El milagro se produjo ante mis ojos. Estaba viendo una llave, y, de repente, otra apareció a su lado, exactamente igual, nueva, con las mismas estrías y ranuras.

Para que la pudiera ver mejor, Sonia utilizó de nuevo la pinza que controlaba desde el exterior, recogió ambas llaves y las depositó en el torno. Girando éste, recuperé mi llave doble. Al principio, temí tocarla. Pero Sonia lo hizo por mí, tomando las dos piezas de metal y llevándolas a la balanza de precisión.

Pudimos ver que las dos llaves pesaban exactamente doce gramos. Y cada una de ella, por lo tanto, pesaba seis.

Sin embargo, las dos llaves eran iguales a la otra que todavía conservaba en mi bolsillo. Tenía, pues, tres llaves.

— ¿Qué fenómeno se ha producido? —pregunté.

— Los rayos mutantes han separado exactamente la mitad de los átomos del acero, reproduciéndolos en otra pieza, completamente igual… Se los han quitado a una para reproducir un doble.

— ¿Con merma de sus propiedades primitivas?

— Desde luego. Sin embargo, con cualquiera de esas llaves puedes abrir tu puerta. Es más débil, desde luego, que la primera. Piensa que los átomos se han disociado, para crear la doble pieza. Aún así, la función esencial puede realizarse, que es descorrer el cerrojo de la puerta.

Lo que acababa de ver hizo acudir a mi mente una infinidad de posibilidades.

— ¿Y esto es igual para toda la materia?

— En todo lo que hemos ensayado, sí. Nos preocupa algo, no obstante.

— ¿Qué?

— Lo que ocurra cuando ensayemos con la materia orgánica. Papá cree que no será tan fácil.

— ¿Vais a probar con cobayas?

— Desde luego. La química orgánica también es materia, aunque de un tipo más complejo.

— ¿Y se podría obtener el doble de un ser humano?

Sonia me miró como si hubiese dicho el mayor disparate.

— ¿Sabes lo que has dicho, Dean?

Capítulo III

— ¿Realizaron ustedes esa prueba? —preguntó el doctor Emory Stillman, mirando intensamente a Dean Sorber, que continuaba tendido en el sofá, con los ojos cerrados y respirando entrecortadamente.

— Sí — dijo Dean —. Primero con un conejillo de Indias, que se nos murió a las pocas horas. Luego, repetimos las pruebas empleando distintas radiaciones, hasta descubrir que no era el mismo rayo «hondo» el que duplicaba una sola porción de materia que un material compuesto.

«Yo me había puesto a trabajar ya decididamente con el profesor Yukawa y su hija. En los días que siguieron, pasé muchas horas encerrado en el laboratorio «B».

«Yo fui el primero en reproducir frutas y hojas de árbol, plantas y flores, que morían en poco tiempo.

«El profesor Yukawa analizó detenidamente aquellos resultados, los sometió al análisis de un computador y creyó hallar una fórmula adecuada para materias compuestas.

«Después de numerosas pruebas, logramos reproducir un conejillo de Indias, que todavía vive, y que ha aumentado de peso en poco tiempo, pues devora todo lo que se pone a su alcance.

«Ahora tenemos en jaulas muchos animales reproducidos con los rayos matantes.

«Es sumamente curioso verlos agitarse al principio, como tratando de escapar a nuestras experiencias. Luego, los rayos los adormecen. Y la mutación se produce de súbito, bruscamente, como si la mitad de las células del organismo se soltaran todas al unísono para formar el nuevo cuerpo.

— ¿Han examinado esos animales en el departamento de Biología y Bioquímica? —preguntó Emory Stillman.

— Sí, desde luego. Nosotros colaboramos con los otros departamentos de la Universidad. Ocurre, sin embargo, que estas experiencias se llevan a cabo en el más riguroso secreto.

«Ya le he dicho que el catedrático de Física, doctor Aldiss, no

siente gran predilección por mi jefe. Apenas si se hablan, y en los debates académicos se atacan con mordacidad. El profesor Kenn de química, por el contrario, siente un gran respeto por Suki Yukawa y se pone de su parte. También el rector está de nuestra parte. Hay catedráticos imparciales y otros parciales.

«Desde luego, decidieron inspeccionar nuestras investigaciones. Pero mi jefe se opuso, alegando que todo cuanto hacemos en el laboratorio «B» es estrictamente secreto y pertenece a nuestros patrocinadores, los de la «E. C. Inc.», de Nueva York, que son quienes me pagan a mí, al doctor Yukawa y a su hija, y han costeado lo que la Universidad no podría haber pagado.

«Aquello armó el consiguiente revuelo. En realidad, los otros catedráticos sienten envidia. Todos querrían contar con empresas importantes que subvencionasen sus investigaciones. A lo que Mr. William G. Bagger se opuso.

«— Si me hubiese negado a que el profesor Yukawa hiciera esas experiencias en la Universidad, le habríamos perdido como catedrático, puesto que la «E. C. Inc.» se lo habría llevado a sus laboratorios de Nueva York.

«El prestigio del señor Suki Yukawa nos hizo considerar la situación y la Junta Rectora acordó concederle ese privilegio que, indudablemente, repercute en beneficio de todos.

«Sin embargo, el caso de! profesor Yukawa, aunque sea un privilegio, no se puede repetir, porque terminaríamos teniendo laboratorios de cátedras que pertenecerían a empresas privadas.

«— ¡Yo tengo tanto derecho como el profesor Yukawa a disponer de un laboratorio de Física, aunque sea patrocinado por la «Duncan Corporation»!

«El profesor Yukawa, que estuvo presente en aquella reunión de profesores, me contó la respuesta del rector:

«—Lo “siento, doctor Aldiss. Sustituir al profesor Yukawa en Radiobiología nos es muy difícil. Pero sustituirle a usted no lo es tanto.

El doctor Aldiss encajó el golpe y se mordió los labios. Su insistencia sobre el tema obligó al rector a decir la verdad. Había muchos físicos como Aldiss en el mundo, pero muy pocos científicos de la talla de Suki Yukawa.

— Sí, me consta — dijo el psiquiatra —. Incluso se habla de que el profesor Yukawa ha sido propuesto para el Premio Mundial, por sus relevantes trabajos en la expedición «Sol-124». Si se lo otorgan, podrá tener el mejor laboratorio del mundo.

«Ahora, hablemos de usted, señor Sorber. ¿Cómo se introdujo en

la cámara de radiaciones?

* * *

Era un trabajo excitante. Cuando tuve las dos manzanas en la mano, sentí deseos de morderlas. Me invadió algo semejante a lo que debió sentir Eva en el Paraíso.

¿Qué ocurriría si probaba la manzana del árbol del Bien y el Mal? ¿Acaso el rayo mutante habría separado el Mal y el Bien de una misma fruta? ¿Cuál de ellas debía probar?

Fue Sonia la que me prohibió comer la fruta.

— Es mejor que vayamos al restaurante a comer pastel de manzanas, Dean. Ésta debe quedar archivada. ¿Sabes que cada descarga radiante nos cuesta once mil créditos? ¿No te parece demasiado para obtener una manzana que te alimentará menos que otra con todo su peso?

Dejé las dos manzanas en el refrigerador, después de haberles colocado sendas etiquetas.

Pero en mi mente seguía la idea de ensayar con animales de laboratorio. Sonia y yo habíamos hablado de aquello repetidas veces.

Al, el profesor Yukawa nos facilitó los datos y pudimos reproducir nuestro primer conejillo. Ya he dicho que vivió poco. Probamos otra vez, cambiamos la intensidad de las ondas mutantes. Para los animales debían ser menos intensos, pero de mayor amplitud. Nos encontramos con una ardilla a la que reprodujimos sin cabeza y sin rabo. Naturalmente, murieron ambas.

Fue preciso cambiar los tubos catódicos. En realidad, lo que hicimos, apoyados de nuevo por Dick Morton y la «E. C. Inc.», fue construir otros tubos mayores, a modo de pantallas parabólicas, que repartían perfectamente los rayos sobre cuerpos de más de dos metros de altura.

Yo hablé con Dick Morton en una de sus visitas. Presenció una de nuestras experiencias y quedó aterrado y confuso.

— ¿Se ha dado cuenta de lo que eso significa, profesor Yukawa? ¡Es lo más importante que se ha hecho jamás!

Con estoica modestia, Suki Yukawa respondió:

— Dios ha querido poner en mis manos este instrumento. Sólo Él sabe la razón. Yo, desde luego, presiento que gracias a esto la Humanidad puede duplicarse... ¡Incluso podría hacerse un planeta igual al nuestro, donde podrían vivir los seres que se reproducen por medio de los rayos mutantes!

Cuando Dick Morton vino a verme, todavía estaba excitado. No

quiso decir ciertas cosas en presencia de Sonia y del profesor Yukawa, por no inquietarles. Acudió a mi apartamento.

Primero admiró mi nueva instalación, y luego, mientras tomábamos unas copas, me dijo:

— Estoy muy preocupado, Dean.

— ¿Por qué?

— Por lo que he visto en el laboratorio «B». Creo que Yukawa debía suspender esas experiencias y trasladar la cámara de radiaciones a nuestros laboratorios de Nueva York. ¿Qué medidas de seguridad tenéis?

— Nadie nos molesta — respondí.

— ¡Porque todavía no saben lo que estáis haciendo! ¡Eso es algo revolucionario!

Asentí.

— Si los hombres consiguen las experiencias del profesor Yukawa y las aplican a múltiples fines, el mundo sufrirá una terrible transformación.

— ¿Cuáles fines? —pregunté, arrellanándome en mi butaca favorita y mirándole —. ¿Qué, por ejemplo?

— Oro, diamantes, materiales raros...

Le atajé:

— No. El oro pierde la mitad de su peso específico. No sería negocio doblar monedas o joyas.

— ¿Y hacer hombres?

Temía su pregunta. No creí que llegase tan pronto al fondo de la cuestión.

— No sabemos si es posible hacer dos hombres de uno.

— ¿Por qué no? ¡Lo habéis hecho con animales!

— Sí, pero esos conejillos de Indias no nos han dicho la sensación que han experimentado al ver su doble, ni lo que sienten. Los biólogos de la Universidad están muy interesados en nuestras experiencias.

— ¿Los dejáis entrar en el laboratorio «B»?

— No. Nadie entra allí, aunque algunos lo han intentado.

— ¿Crees necesario que pongamos vigilancia?

— Llamaría demasiado la atención. No es posible entrar en el laboratorio «B». Tenemos una cerradura electrónica. Sólo el profesor, Sonia y yo podemos entrar.

— No hay puertas ni cerraduras de seguridad, cuando existe extraordinario interés en saber lo que ocurre allí dentro. Insisto, Dean; estoy preocupado y mi deber es informar a la dirección de la «E. C. Inc». Sabía que Yukawa trabajaba en radiaciones

ultracósmicas; cuya aplicación nos interesa mucho. Pero ignoraba que hubiese llegado tan lejos.

— No hemos hecho más que empezar. Las propiedades de los rayos mutantes son aún insospechadas — expuse—. Es algo apasionante y absorbente.

— ¡Y peligroso! ¡Dios mío, lo que podría ocurrir si la competencia se enterara de lo que estáis haciendo!

Traté de tranquilizarle. De momento, nuestros experimentos estaban circunscritos al laboratorio en la Universidad, y las pruebas biológicas se efectuaban en otros dos laboratorios más. Pero no estaban enterados nuestros colaboradores de toda la verdad.

Dos días más tarde, empecé a compartir los temores de Dick Morton. Estaba yo en el laboratorio anotando varios resultados, cuando Ethel, nuestra recepcionista, me llamó:

— El doctor Aldiss quiere verte, Dean.

Casualmente, aquel día, el profesor Yukawa estaba en San Francisco, en compañía de su hija Sonia, con motivo de una conferencia.

Me levanté, abandoné el laboratorio «B» y cerré cuidadosamente la puerta. Sólo había tres alumnos de mi jefe en el laboratorio «A». Los conocía a todos.

Jimmy Corant y Eddie Loppan, delante de una pantalla osciloscópica, discutían ciertas anormalidades de una radiación «roentgen». Frank Shephard miraba por la ventana, sonriendo. Seguramente contemplaba a un grupo de chicas.

Salí y me encontré con el doctor Aldiss, catedrático de Física.

— Buenos días, doctor Aldiss. ¿En qué puedo servirle?

Ethel nos miraba, y como mi visitante parecía dudar, le invité a pasar al despacho de Sonia, cerrando luego la puerta. Nos sentamos y él empezó a decir:

— He visto dos tortugas, Dean. Las tenía Kenn en su laboratorio... ¿Son vuestras?

Dudé antes de contestar. Luego, contesté sinceramente:

— Sí. Se las enviamos la semana pasada.

— Voy a redactar un escrito al Consejo Nacional de Ciencias. Creo que aquí se están haciendo monstruosidades.

Sentí hervir la furia dentro de mí.

— ¡Aquí se investiga, doctor Aldiss! Además, se trata de una investigación privada.

— ¿Privada? ¿Pertenece también a la «E.C. Inc» el laboratorio de Química?

— Esa colaboración la hemos pedido de forma particular. Los

análisis que realiza el profesor Kenn podíamos hacerlos nosotros. Pero necesitamos corroborar cierta hipótesis.

— ¿Qué hipótesis? —me preguntó secamente.

— Lo siento, doctor Aldiss. No puedo revelar nada.

— ¡Te estás metiendo en algo feo, muchacho! Te admiro como deportista, pero lo que haces aquí no terminará bien. Sé que estáis reproduciendo animales. Sé lo suficiente de Biología para comprender que. esas tortugas son engendros de laboratorio... ¡Y hay experiencias que un científico no puede hacer!

— Presiento que ha venido usted aquí a investigar, aprovechando la ausencia del profesor Yukawa. Le ruego que vuelva usted pasado mañana. Mi jefe le atenderá — dije, poniéndome en pie—. Lo siento.

Se tragó el orgullo y trató de apaciguarme.

— No me has comprendido, muchacho. Sé lo que estáis haciendo. Eso es evidente. Y por tal motivo pienso elevar un escrito al Consejo Nacional de Ciencias. Habrá una investigación y, si como supongo, se prohíbe a Yukawa realizar esas prácticas...

— Nadie se lo puede prohibir, excepto la empresa patrocinadora.

— ¡Este laboratorio está en terrenos universitarios! — chilló Aldiss.

— Me importa poco. Yo no soy universitario tampoco. Dígaselo al señor rector. Es la Junta la que decide. Y decidieron que el profesor Yukawa podía seguir al frente de su cátedra y realizar al mismo tiempo sus investigaciones. Pero si a usted le molesta que pidamos ayuda a los departamentos de Química y Biología, enviaremos fuera esas muestras.

— ¡Te arrepentirás de esto, Dean Sorber! ¡Si no eres universitario, no puedes jugar en el equipo de rugby! ¡Yo me encargaré de ello!

Salió hecho una fiera y pegó un portazo terrible. Ethel se asustó al verlo marchar tan furioso.

— ¿Qué le ocurre, Dean? —me preguntó cuando salí yo.

— Quiere buscarle los tres pies al gato, y puede que le encuentre cinco.

Lo que yo encontré, minutos después, fue que la cerradura electrónica del laboratorio «B» se había estropeado. Por muchos esfuerzos que hice para abrirla, me fue imposible. Los alumnos del profesor Yukawa me ayudaron, pero no logramos nada.

La placa perforada, copia exacta de la de Sonia y la de su padre, entraba perfectamente en la ranura. La utilicé bien al salir, para

cerrar. Pero ahora, por mucho que presionaba el pulsador, la cerradura no se abría.

— ¿Habéis tocado aquí? —pregunté a los tres alumnos.

— No — me respondieron.

— ¡Es raro! Estas cerraduras electrónicas no se descomponen nunca.

— ¡Que te crees tú eso! —me contestó Frank Shephard—. En el garaje de casa tenemos una parecida, y siempre está mi padre refunfuñando por la dichosa cerradura. Son mejores las mecánicas, con llave.

— Bueno, tendré que avisar al servicio técnico. Tengo que entrar.

Ethel avisó a la empresa que instaló la cerradura, y media hora después llegaron dos operarios. Los alumnos de mi jefe se habían marchado ya.

Los dos hombres estuvieron allí sólo quince minutos. Al terminar, la cerradura se abrió y uno de ellos me dijo:

— No era nada. Falló un contacto. No suele ocurrir, pero a veces; ya sabe.

Probé, introduciendo mi placa y, en efecto, funcionó muy bien. Agradecí a los operarios su trabajo y se fueron. Sin embargo, cuando los acompañé a la puerta, vi que Frank Shephard estaba hablando con el doctor Aldiss, detrás de un seto. Y esto me intrigó. El alumno de mi jefe hacía gestos expresivos. El doctor Aldiss terminó por entregarle unos billetes.

Algo me vino a la mente: ¡la cerradura! ¿Por qué la había estropeado Frank Shephard?

Tuve una inspiración y me dirigí a Ethel.

— ¿De dónde eran los técnicos que han venido a reparar la cerradura, Ethel?

Vi que la recepcionista cambiaba de color. Se puso nerviosa y no acertó a responder. Fui yo mismo quien tomé el videófono e hice la llamada.

Así me enteré del complot tramado por el doctor Aldiss.

Llorando, Ethel me confesó:

— El doctor Aldiss me entregó cien dólares... Yo sólo tenía que llamar a cierto número, que él me dio... Frank fue quien estropeó la cerradura...

— ¿Por qué, Ethel? —grité furioso.

— Esos técnicos... Harán una copia de la placa para el doctor Aldiss.

— ¡Condenado y sucio envidioso! ¡De esto se enterará hoy

mismo el señor Bagger! Y tú puedes ir recogiendo tus cosas. Sin esperar a que venga el profesor Yukawa, puede que sea peor.

Apenas veía Ethel, con las gafas empañadas de lágrimas. Recogió sus pertenencias de la mesa, dejando sobre ella los cien dólares.

— Lo siento, Dean... Lo siento mucho... Necesitaba el dinero... Lo hice por Frank.

No quise escucharla y vi cómo se marchaba.

Ignoraba el tiempo que emplearían los falsos técnicos en reproducir una placa para que el doctor Aldiss pudiera penetrar en el laboratorio «B». Pero, al quedar solo, llamé a Sonia y le expliqué lo ocurrido.

— Díselo al señor Bagger, Dean... Y haz que cambien inmediatamente el registro de la cerradura... ¡Cuando se lo diga a papá recibirá un gran disgusto! ¡Desde luego, si el doctor Aldiss continúa en la Universidad, nos iremos nosotros!

Hice lo que me aconsejó Sonia, de la que me despedí enviándole un beso «videofónico». Primero, llamé a la empresa de cerraduras electrónicas, pidiendo que vinieran a cambiar el registro.

— Es urgente e importante. No me moveré de aquí hasta que vengan. ¡Ah, y que me acrediten su identidad!

Cuando se hubo cambiado el registro y me dieron tres nuevas placas, con distinta perforación, fui a visitar al rector a su despacho. Cuando le informé de la maniobra del doctor Aldiss, frunció el ceño y me prometió:

— Investigaré, Dean. Si es cierto lo que me has dicho, pediré la expulsión del doctor Aldiss.

Aquella noche dormí inquieto. Comprendí que alguien, más sagaz que Aldiss, podía penetrar en nuestros secretos. Y si se descubría lo que estábamos haciendo... ¡Algo malo ocurriría!

Capítulo IV

— Lo que hacemos no lo podemos deshacer — me dijo el profesor Yukawa con tristeza—. Hemos creado materiales nuevos y animales dobles. Pero no podemos deshacer lo que ya ha sido hecho.

Era cierto. No sabíamos cómo reintegrar a su esencia original los metales cuyos átomos habíamos separado. Nos interesaba la regresión, y no la hallábamos.

Hablábamos de esto en el laboratorio «B», una semana más tarde del incidente de la cerradura, a consecuencia de lo cual el estudiante Shephard y la recepcionista Ethel habían dejado de colaborar con nosotros.

Sin embargo, el doctor Aldiss negó los cargos que le hicimos, alegando no saber nada de lo que se le acusaba. En vista de ello, Mr. William G. Bagger ordenó una investigación a la Junta Disciplinaria. El resultado podía tardar algunos meses, durante los cuales el doctor Aldiss trataría de desvirtuar las cosas.

Por otra parte, el nuevo registro en la cerradura electrónica y las medidas de seguridad que habíamos tomado nos daban cierta tranquilidad.

— Los rayos ultracósmicos que utilizamos en las experiencias no poseen acción regresiva. Actúan, modifican y ya no es posible retroceder —dijo Suki Yukawa—. Si repetimos la operación, volvemos a obtener nuevas divisiones. Cualquier objeto se descompone en dos partes por la acción de los rayos mutantes. Cada una de estas partes puede subdividirse a su vez, perdiendo siempre sus propiedades físicas.

»Estamos creando materiales nuevos y distintos a cada acción de los rayos más simples. Es el procedimiento perfecto para la descomposición de la materia. Al final, obtendríamos átomos de hidrógeno.»

— ¡Y después, la nada! —exclamó Sonia.

Estaba de acuerdo con ellos. Los materiales, tratados con rayos mutantes «desdoblaban» los átomos. En la materia inerte, el ensayo múltiple de un metal cualquiera era interesante. Obteníamos

sucesivamente otros metales más porosos, de menos peso y densidad.

Pero en el caso de los conejillos de Indias supervivientes del primer desdoblamiento, cuando sometíamos a los rayos mutantes a un «doble», los nuevos dobles que se obtenían sólo vivían segundos.

Era lógico. La materia podía ir dividiéndose. Un animal muerto se convertía en materia inerte. Luego, eran posibles todas las mutaciones que quisiéramos. Podíamos obtener, de un solo ejemplar, dos, cuatro, ocho, dieciséis, treinta y dos, etcétera, animales sin vida, de poros cada vez mayores, de peso más reducido y de densidad proporcionalmente más escasa.

Volver a la vida a un cobayo muerto era imposible. Y también lo era hacer de dos uno.

Sin embargo, en nuestras jaulas teníamos toda clase de conejillos de Indias y otros animalitos, sometidos a la acción de los rayos mutantes, dos ejemplares extraídos de uno solo, que comían con hambre devoradora y que recuperaban peso rápidamente.

La vida, después de la disociación molecular, era posible.

— Sería interesante saber lo que ocurre si de un ser humano hacemos dos —dijo Suki Yukawa, sin inflexión.

Sonia y yo le miramos sorprendidos.

— ¡Papá! —exclamó Sonia.

— Sé lo que piensas, hija. Te parece una monstruosidad. Ignoramos cuál será el resultado. Incluso, debe estar prohibido por la ley.

— La ley no ha previsto este caso — señalé yo, por decir algo.

— Desde luego que no, pero toda experiencia en vida sobre un ser humano debe estar sometida previamente al Consejo Nacional de Ciencias.

— ¿Y si pedimos el permiso?

—Se nos llenará esto de intrusos. Dejaremos de trabajar en libertad. Habremos de explicar todo lo que sabemos y… La «E. C. Inc» nos retiraría su apoyo.

— Eso me temo — dije tristemente —. Por tanto, es imposible realizar la experiencia.

— A menos que…

— ¿Qué? —inquirí, viendo vacilar a mi jefe.

— Escucha, Dean. Si por temor a las leyes los investigadores hubiesen renunciado a su tarea, ahora estaríamos viviendo en cavernas.

»De todos los valores creados por el hombre, el más ínfimo es el propio. Somos animales racionales. Abundamos más que cualquier

especie y somos vulgar materia, dejando aparte el espíritu. Este espíritu, precisamente, es lo que nos hace distintos de las demás especies.

»Yo no voy a salir a la calle a buscar a un hombre. Tampoco voy a deciros a vosotros que entréis en la cámara de radiaciones y efectuéis la prueba.

»Pero hay miles y millones de seres infelices por el mundo que aceptarían gustosamente entrar ahí, para que nosotros podamos averiguar la verdad de la mutación doble, que si es posible en un simple cobayo, también lo ha de ser para el hombre.

— ¿Dónde está ese hombre? ¿Qué ocurrirá si muere? Y si vive, ¿qué ocurrirá también? —pregunté.

— Estamos sacando las cosas de quicio, papá — medió Sonia—. Hace tiempo que todos pensamos lo mismo y nunca habíamos tenido valor para exponerlo a viva voz. Ahora ya está dicho. Si tuviéramos la persona... ¡Pero no la tenemos!

— Agotemos el tema, ya que estamos metidos en él —dije yo—. Vamos a suponer que contamos con ese hombre. Sigamos suponiendo que alguien, sin temor a lo que pueda ocurrir, se presenta aquí y lo metemos dentro de la cámara. Es sencillo. Se abre la puerta. Entra, cerramos, damos potencia a las pantallas catódicas, y los rayos «hondo» nos devuelven dos hombres en vez de uno.

— ¡Ah, si fuese posible hacerlo! —exclamó Suki Yukawa.

— Es una suposición. Ya tenemos dos hombres iguales. ¿Qué ocurrirá después? Uno es legal y el otro no. Uno ha nacido y otro no. En cambio, la experiencia, la memoria, la personalidad... ¿qué? ¿Se divide también? ¿Se reparte? ¿Se pierde? ¿O será posible obtener dos genios de uno solo?

Mi exaltación sorprendió a Sonia.

— No te excites, Dean.

— ¿Excitarme? —creo que grité—. Entra en esa cámara ***y*** saldrás con vida... ¡Saldréis con vida, mejor dicho! Eso' casi es seguro. Yo te quiero, Sonia. Si me aceptas como marido, ¿con cuál de las dos me caso? ¿Cuántas hijas tendrá tu padre?

— ¿Y no te parece todo eso maravilloso? — preguntó Suki Yukawa.

— ¡Sí, archimaravilloso! ¡Si teníamos pocas complicaciones en el mundo, ésta sería otra!

— Yo no tendría dos hijas ni tú dos novias. Eso es puro atavismo. Lo único que habrá ocurrido es que Sonia tendrá una doble. Si hay que legalizarla, la ley se encargará de ello. Si hay que

buscar un marido para ella, no creo que le falte.

Fui a decir algo, pero me callé. La simplicidad del profesor me turbó. ¿Por qué no?

— ¿Y si entro yo? —pregunté—. Saldremos dos Dean Sorber. ¿Y cuál de ellos seré yo? ¿Percibiré dos sueldos? ¿Cuál de los dos Dean estará enamorado de Sonia? ¿Cuál se casará con ella? ¿Pensaremos del mismo modo?

— Eso es lo que tratamos de averiguar —me contestó Suki Yukawa—. Sabemos que es posible obtener dos seres iguales. Pero ¿serán iguales siempre?

«Sabemos que se alimentan vorazmente para recuperar, quizá, las células pérdidas. Se produce un fenómeno de regeneración física. Hay que rehacerse. Pero no sabemos lo que hace la razón, ni el espíritu, ni cuál es su reacción psicológica...

Había tema suficiente para establecer millones de hipótesis. Siempre, empero, íbamos a parar al mismo callejón sin salida: ¿quién entraría en la cámara?

Aquella noche no logré dormir. Me revolví en el lecho una y mil veces. Mi mente era un verdadero caos. Me veía a mí mismo «desdoblándome». Incluso creí ver a mi lado, también insomne, a mi otro yo.

¡Y hasta alargué la mano para tocarle, sin hallar nada más que el vacío!

Sonia y yo habíamos discutido por vez primera, en el jardín de su casa. Se trataba de nuestra primera discrepancia, por una cuestión fútil y baladí. La razón verdadera, sin embargo, era la conversación que habíamos sostenido en el laboratorio «B».

Si uno de nosotros se sometía a la prueba de los rayos mutantes...

En un principio, me pareció que Sonia quería ser neutral. Encontraba la idea tan descabellada como yo. Pero luego defendía a su padre.

«— Papá tiene razón. ¿Por temor a qué hemos de renunciar a la experiencia más interesante de la historia del hombre?

»— ¡Porque eso es tanto como enmendar la obra de Dios, Sonia!

»— ¡Dios es el Creador de todo, incluso de las radiaciones ultracósmicas! —me gritó ella—. Alguien tenía que descubrirlas. Ha sido mi padre. Él no es Dios, sino un ser de carne y hueso. Pero, debido a su investigación y su trabajo, ahora es posible de un ser humano hacer dos exactamente iguales.

»—Sí, dos piedras, dos manzanas, dos ratas blancas... ¿Y dos seres humanos?»

Sonia no quiso seguir discutiendo y se alejó. Yo volví al coche y regresé a casa. Mi cerebro era un volcán.

«¿Y si mientras nosotros discutimos alguien, como trató de hacer el doctor Aldiss, entraba en la cámara de radiaciones?», me pregunté.

Me hice muchas más preguntas. ¿Pensarían igual dos seres fruto de uno mismo? ¿Se volverían idiotas, al faltarles la mitad del cerebro? ¿Por qué habíamos de obtener dos genios de uno solo?

En mi desvarío, me levanté, fui al baño y me miré al espejo. Tuve un sobresalto al ver mi imagen reflejada en el cristal.

— ¿Eres tú, Dean? —me pregunté.

Esperaba que la imagen del espejo me diera una respuesta. Pero todos los gestos que yo hacía me los repetía ella.

— Puedo verme a mí mismo sin necesidad de espejo — me dije —. Sólo he de ir al laboratorio y hacer la prueba. Ni siquiera necesito la ayuda de nadie. Pongo los controles en marcha, abro la puerta y me sitúo delante de los rayos mutantes.

«Sufriré un aturdimiento... Eso ocurre con todos los cobayos... Luego me encontraré con Dean Sorber Segundo a mi lado. Le podré dar la mano. «Hola, Dean-2, ¿cómo estás?». Y él me responderá con mi misma voz: «Bien. ¿Y tú?»

Volví al lecho, después de haber tomado un somnífero. Pero seguí sin poder dormir, alterados los nervios por la larga vigilia, excitado por los pensamientos tumultuosos que me invadían.

Sin embargo, no sé cuando me quedé dormido. Pero mi cabeza parecía a punto de estallar cuando sonó el zumbador del videófono, que debía estar llamando desde hacía rato.

Salté del lecho, me puse un batín y fui a conectar el aparato.

Era Sonia. Parecía apenada.

— Siento haberte molestado anoche, Dean. No he podido dormir en toda la noche.

— Yo tampoco. Si no me llamas, aún estaría | durmiendo... Creo que ayer fue un día de prueba.

— No debimos discutir, Dean. Hoy replantearemos la cuestión tú y yo solos. Mi padre tiene que salir esta mañana para Nueva York. Le han llamado de la «E. C. Inc.» con urgencia.

Sonreí.

— Hablaremos, pues — dije.

Efectivamente, el profesor Yukawa emprendió

viaje aquella misma mañana. De ello saldría otro viaje mucho más prolongado. Necesitaban a mi jefe para formar parte de una expedición científica al planeta Marte. Y habían muchas razones por

las cuales no podía negarse a ir.

Sonia acudió al laboratorio antes que yo. Cuando la vi, la abracé y le dije:

— Como ni tú ni yo vamos a entrar en la cámara, no hay por qué discutir, amor mío. No me gustaría vivir esa experiencia. Con el duermevela de anoche he tenido bastante. Y has de prometerme no volver a enojarte conmigo.

— Te lo prometo.

Aquel día apenas si trabajamos. La ausencia de su padre nos invitaba a la intimidad. Estuvimos largo rato mirándonos y luego salimos a dar un paseo por los jardines de la Universidad.

El rector nos vio y me llamó:

— Dean.

Acudí a su lado.

— Usted dirá, señor rector.

— Espero que ganéis el domingo.

— Por supuesto.

— El asunto del doctor Aldiss se complica — añadió —. Ha elevado un escrito al Consejo Nacional. Tengo una copia en mi despacho. Ese hombre es un resentido.

— Si mi padre encuentra dificultades para investigar aquí, dejaremos la Universidad y nos marcharemos a Nueva York, señor Bagger — declaró Sonia.

— ¡Prefiero más que se marche Aldiss, si es que no hay reconciliación! Pero... hay algunos aspectos en su escrito que me preocupan. Es cierto que el Laboratorio «B» de Radiobiología ha sido construido por la «E. C. Inc.». Pero vosotros pedís colaboración a otros laboratorios.

— ¿Y no nos los piden ellos a nosotros?

— Sí. Hay más, Sonia — continuó diciendo Bagger—. Aldiss afirma que las experiencias que se realizan ahora son horribles.

— ¿Qué hay de horrible en la investigación? ¿No tuvieron que experimentar la cirugía y la medicina?

— Es que, según Aldiss, la índole de esas investigaciones secretas son peligrosas.

— Es pura investigación — intervine yo —. Y aunque estemos en terrenos universitarios, tanto el laboratorio como nosotros pertenecemos a la «E. C. Inc.». Si se nos impide trabajar aquí, nos trasladaremos.

El rector no quería que nos fuéramos. Le interesaba la cátedra de Yukawa, futuro Premio Mundial. Eso daría mucho prestigio a la Universidad. También quería que yo siguiera jugando en el equipo

de rugby. Pero su postura era difícil e incómoda.

— Oídme. Sé que el profesor Yukawa ha ido a Nueva York. ¿Puedo echar un vistazo al laboratorio «B»? Si informo que nada peligroso se realiza aquí, Aldiss quedará en ridículo y presentará la dimisión.

— Lo siento, señor rector. Pero en el laboratorio «B» no puede entrar nadie. Ni siquiera usted. Así se estipuló en el contrato de colaboración entre la Universidad y la «E. C. Inc.». He leído sus cláusulas.

— Lo sé, Dean. Así es. Sólo trataba de ayudaros. Debo informar, desmentir el escrito del doctor Aldiss. Si me ponéis dificultades…

— Lo siento, señor rector. Hable usted con el profesor Yukawa.

Pero la situación no pudo arreglarla mi jefe, que volvió al día siguiente para preparar algunas cosas, darnos instrucciones y decirnos:

— He sido elegido para realizar una investigación en el planeta Marte. Tengo que ir a reunirme con los demás miembros de la expedición a la base de Zollen, de donde partiremos dentro de cinco días.

— ¿Y la cátedra? —preguntó Sonia.

— Vosotros tendréis que sustituirme.

— ¿Y el laboratorio «B»?

— Vosotros sois los responsables. De todas formas, vendrá Dick Morton un día de estos. Haced lo que él os diga. Hemos estado hablando hoy y, posiblemente, habremos de trasladar el laboratorio a Nueva York.

«Lo que estamos haciendo aquí es demasiado importante. Le expliqué lo que sucedió con la cerradura electrónica y afirmó que eso no ocurrirá en los laboratorios de la «E. C. Inc.».

Pensé en mis partidos de rugby, pero no lo sentí. Estaba convencido de que era la mejor solución.

También le explicamos lo que nos dijo el rector. No respondió. Parecía estar dispuesto todo. Por este motivo, le acompañamos al aeropuerto y regresamos al laboratorio, a la espera de las instrucciones de Dick Morton.

Dos días más tarde, nos visitó nuestro amigo. Pero no venía solo. Le acompañaba un alto ejecutivo de la empresa, el jefe de División e Investigación, Henry Maxim.

Aquel individuo, alto, escéptico, ampuloso e impresionante, nos saludó a Sonia y a mi afablemente, y luego quiso ver las instalaciones.

— La «Electronic and Cibernetic Inc.» ha gastado mucho dinero

en la distracción del profesor Yukawa. Dick Morton asegura que es una inversión rentable, pero yo tengo mis dudas. Espero que ustedes me convenzan de lo contrario, si no habremos de suprimir esta división.

— Me gustaría que estuviese mi padre aquí — dijo Sonia confusamente.

Yo me adelanté, creyendo interpretar el sentir de mi jefe.

— Si me lo permite, le mostraré lo que hacemos. Venga usted por aquí.

Entramos en el laboratorio «B» y le enseñé nuestras jaulas.

— Vea este conejillo de Indias, señor Maxin. ¿Sabe usted lo que hacen los prestidigitadores en los teatros? —Le vi sonreír. Yo hice lo mismo—. Este animalillo y este otro, marcados con el n.° 25 a y 25 b, son exactamente un mismo animal.

»Y ahora, permítame demostrarle cómo lo hacemos.

Habíamos recibido pollitos recién nacidos. Tomé uno y le puse una anilla.

— Sitúese usted detrás de la pantalla. Voy a entrar en la cámara de radiaciones. ¿Está todo desconectado, Sonia?

— Sí.

Entré en la cámara, coloqué el pollito sobre la mesa, frente a la pantalla catódica, y volví a salir.

Cuando Henry Maxim vio la reproducción de los animalitos se quedó bizqueando.

— ¡Oigan, pero...! ¿Qué es esto? ¡Saque aquí eso...! ¡Quiero ver esos animalitos!

Empleamos las pinzas articuladas y los dos pollitos salieron por el torno de seguridad. Después de un breve examen, Henry Maxim exclamó;

— ¿Y tiene esto aquí, sin medidas de seguridad? ¿Qué locura es ésta, Mor ton? ¡Hay que trasladar inmediatamente esta cámara a Nueva York! ¿Es que no se dan cuenta de lo que significa esto?

Capítulo V

— Lo siento, señor Morton — dije en tono tajante —. No lo haré hasta que regrese el profesor Yukawa. Y Sonia piensa igual que yo. Somos conscientes de nuestro deber.

— ¡Eres un empleado de la «E. C. Inc.», Dean! — exclamó Morton—. El profesor Yukawa ha ido a Marte porque conviene a la compañía. Nosotros le elegimos.

— Usted sabe lo que es el «rayo mutante», Morton. Yo lo sé también. No se tocará nada del laboratorio hasta que el profesor Yukawa lo ordene.

— ¡Somos nosotros quienes damos las órdenes!

— Pues no pienso obedecerlas.

— ¡Quedarás despedido! ¡Y nos incautaremos de todo lo que nos pertenece! —casi aulló, para cambiar inmediatamente de tono —. Escucha, Dean, No seas obstinado. Imagina que el profesor sufre un percance y no regresa, ¡Dios no lo quiera! ¿De quién es todo lo que hay aquí?

— Será Sonia la que decida. Pero ella y yo estimamos que no se debe modificar nada hasta la vuelta del profesor* y ni ella ni yo facilitaremos la placa para abrir la puerta.

— El rector no puede oponerse.

— ¡Se opondrá! ¡El laboratorio pertenece al profesor Yukawa! ¡Todo cuánto se ha hecho allí es obra suya!

— ¡Por cuenta nuestra!

— Que sea él quien lo diga.

— De acuerdo, Dean Sorber. Si así lo quieres, esperaremos el regreso del profesor Yukawa... Pero desde este momento dejas de pertenecer a la «Incorporated».

— Muy bien, señor Morton.

Abandoné mi apartamiento y llamé a Sonia por videófono. Mi prometida esperaba el resultado de nuestra entrevista.

— ¿Qué, Dean?

— Es el totalitarismo. O hacemos lo que ellos quieren, o estamos despedidos.

— ¡Pues que nos despidan! ¡Que se queden con sus créditos!

— Me ha amenazado con desmontar todo el laboratorio.

— ¡No podrán entrar allí!

Dudé antes de contestar. Luego dije:

— Eso es lo que no sé. Ya oíste al rector.

Nuestro laboratorio va a crearles problemas. El escrito del doctor Aldiss puede prosperar...

— ¡Defenderemos aquello a sangre y fuego, Dean!

— ¿Y si viene la fuerza pública? Pese a la ausencia de tu padre, los de la «E. C. Inc.» pueden mostrar los contratos.

— Hagamos una cosa, Dean. Hay que retirar de allí la documentación más importante. Sugiero que nos llevemos las claves y los archivos y los depositemos en la caja de seguridad de un banco. Luego, podemos desmontar algunas piezas esenciales, como el catalizador de rayos.

«Sin ello, no podrán hacer nada. Forzosamente, tendrán que hacer regresar a mi padre. Y entonces, que él decida. Pero nosotros no podemos dejarnos presionar por nadie.

— Me parece bien. Iremos esta misma noche. Sospecho que el tiempo nos apremia. Morton y Maxim se darán prisa en conseguir el apoyo de la ley. El rector no les pondrá dificultades. La situación se ha hecho explosiva en poco tiempo y sospecho que algo se mueve en la sombra en contra nuestra.

— Lo mismo creo yo.

Efectivamente, aquella noche fuimos al recinto Universitario. Y nuestra sorpresa fue grande al ver allí un vehículo de la policía y cuatro agentes de guardia ante la puerta.

Retrocedimos, sin ser vistos, ocultándonos detrás de un seto.

— ¿Qué hacemos ahora? Es evidente que se nos han adelantado. No nos dejarán entrar.

Sentí que la rabia me dominaba.

— No se saldrán con la suya —mascullé—. Quédate aquí, Sonia. Voy a tratar de burlarlos.

— ¿Qué piensas hacer?

— Una de las ventanas del laboratorio «A» tiene el pestillo estropeado. Me introduciré por ella, sin ser visto, y penetraré en el laboratorio «B». Sacaré los documentos más importantes.

— ¡Iré contigo!

— No —le dije—. Algo puede fallar. Si me descubren, seguramente encontrarán argumentos para mandarme a prisión. Y alguien debe quedar en libertad, para estropearles los planes. Además, no quiero que corras riesgos. Yo tengo piernas ligeras y sé escabullirme hasta de entre quince adversarios.

Sonia no replicó y me fui.

Di un rodeo. Comprobé que la policía sólo vigilaba la entrada principal, y me deslicé hasta el muro del laboratorio «A». Efectivamente, una de las ventanas estaba abierta. Sólo tuve que encaramarme. empujar la hoja de cristales y entrar, dejándome caer sin ruido en el interior.

Conocía el terreno a ojos cerrados. Llegué hasta la puerta de seguridad del laboratorio «B» e introduje mi placa en la cerradura. La puerta se abrió silenciosamente.

Entré en nuestro santuario y volví a cerrar. Encendí la luz y repasé las jaulas de los animales de experimentación. Algunos necesitaban alimentos. Les suministré rápidamente y luego abrí el archivo, de donde saqué las principales fórmulas y las fichas más significativas.

Con todo ello hice un voluminoso paquete.

Examiné luego los controles de la cámara de radiaciones. Comprendí que era necesario entrar en la cámara para desmontar el catalizador.

Reconozco que estaba nervioso en aquel momento y no sabía bien lo que estaba haciendo. Sin embargo, me detuve a reflexionar unos instantes.

¿Qué me proponía hacer? Iba a estropear lo más importante del trabajo del padre de Sonia, para que ningún intruso pudiera aprovecharse de ello. ¿Por qué? ¿Quién había iniciado el complot? ¿Qué se proponían con retirar a Suki Yukawa de la circulación? ¿Aprovecharse ellos de un descubrimiento que podía cambiar todo el sistema mundial?

En manos ajenas, no sabíamos lo que podría pasar. Tal vez, los ejecutivos de la «E. C. Inc» tuvieran delirios de grandeza. Alguien podría pensar en utilizar los rayos imitantes en su provecho.

La sensación de impotencia me dominó. Era preciso hacer algo, además de impedir que todo nuestro esfuerzo pudiera caer en sus manos o en tas de otros desaprensivos.

Y tal como se me ocurrió, decidí realizarlo. Aquella .obra pertenecía al profesor Yukawa. Sonia y yo éramos sus ayudantes. Él confiaba en nosotros… ¡Y en mí solo se podía confiar de una forma: absolutamente!

Ni siquiera pensé en las consecuencias. Quedaba una importante prueba por hacer. Yo podía realizarla en mí mismo. Lo que ocurriera después no me preocupaba nada. No harían otros lo que debía hacer yo.

El tiempo apremiaba. Tal vez era aquélla la única oportunidad

que teníamos de revelar al mundo la enorme importancia de nuestras investigaciones.

Y ni siquiera pensé que Sonia desaprobaría mi acto.

Creí que era necesario hacerlo… ¡Y lo hice!

Puse en marcha los controles, ajusté la intensidad previamente calculada, sin percibir que mi mano temblaba ligeramente. Todo empezó a zumbar. Repasé las anotaciones de los cálculos previos, comprobándolos en los indicadores de las radiaciones ultracósmicas.

Todo estaba perfecto. Así pues, no faltaba más que entrar en la cámara y situarme ante la pantalla catódica.

Creo recordar que, al abrir la puerta de la cámara, vacilé y sentí miedo. Pensé en la muerte. ¿Y si fallaba algo? ¡Y si caía fulminado, para no levantarme más?

Bueno. Yo era un científico. Estaba imbuido de mi deber y el miedo a la muerte no podía detenerme.

Abrí la puerta y entré. Sin vacilar ahora, ya envuelto por las extrañas radiaciones ultracósmicas, fui a situarme en el centro del foco de rayos mutantes. Cerré los ojos, temiendo caer desmayado. Y hasta creo que me encogí ligeramente.

Sólo percibí un leve aturdimiento, como un vahído. Luego…

* * *

¡Allí estaba Dean Sorber-Dos! ¿O era yo el «Dos» y el hombre que estaba frente a mí era el «Uno»?

Nadie ha podido encontrarse jamás en una situación como la mía. Nadie puede verse a sí mismo en otra persona distinta. Y yo me estaba viendo, a medida que retrocedíamos, para salir de la cámara de radiaciones.

Tanto él como yo sabíamos que continuar allí más tiempo era peligroso, puesto que la mutación se había realizado, desdoblándonos. Si continuábamos cinco minutos más bajo los rayos, en vez de dos nos convertiríamos en cuatro… ¡Pero cuatro cuerpos sin vida!

Salimos.

Fue él quien cerró la puerta y jadeó.

— ¿Cómo te sientes? —pregunté.

En vez de responder, se dirigió a la campana de agua y se bebió media docena de vasos seguidos. Yo también bebí tanto o más que él.

— Hambre y sed… Me siento sumamente débil — dije.

— Era de esperar. Ya lo sabías… ¡Somos dos seres distintos!

Mi asombro era el suyo. Nos tocamos. Las mismas ropas, la misma piel, el mismo cabello, los mismos ojos. En todo exactamente iguales, inconfundibles como dos gotas de agua.

¡Pero yo ignoraba lo que estaba pensando él!

— Toma el paquete y sal por dónde has entrado, Dean —me dijo —. Sonia te espera.

— ¿Y qué harás tú?

— Desmontaré el catalizador. No es conveniente que salgamos juntos.

Comprendí. Si detenían a uno, el otro podía escapar.

¡Aquello empezó a gustarme! No pensábamos igual, pero ambos obrábamos de común acuerdo. Éramos una misma persona... ¡Mi verdadero otro yo!

— ¿Crees que debemos decírselo a Sonia?

Antes de obtener su respuesta, yo mismo me dije que no.

— De momento, es mejor que nada sepa. Vete con ella a su casa. Luego vuelve al apartamiento. Procura no ser visto. Si nos vieran entrar dos veces y no salir ninguna, alguien podría recelar.

— ¿Y la placa? —dije—. Para salir de aquí necesitamos otra placa.

Él sonrió y yo no. No éramos imágenes reflejadas en un espejo.

— ¿Para qué tenemos la cabeza, Dean? —me preguntó, metiéndose la mano en el bolsillo y sacando una placa exactamente igual a la mía.

— ¡Oh, estoy confuso!

— Debe ser el hambre. Cuando llegue al apartamiento, me comeré todo lo que hay en el refrigerador.

— Si es que yo no llego antes.

Tomé el paquete con los archivos y las fichas y me dirigí a la puerta. Antes de abrir me volví a mirarle. Tuve una sensación de euforia. Era yo mismo... Yo me iba y él se quedaba... Llevaba mi documentación, poseía mis propios recuerdos, mi propia experiencia y en nada se diferenciaba de mí, excepto en que éramos dos seres separados...

¡Dos hombres creados por los rayos ultracósmicos más extraordinarios que jamás había descubierto la humanidad!

Abrí la puerta y salí, volviendo a cerrar a mi espalda. Mi placa funcionó perfectamente, del mismo modo que funcionó, meses atrás, la llave duplicada que sometidos a la acción de los rayos, y con la que abría mi apartamiento.

Sin embargo, noté que el paquete me pesaba extraordinariamente. Pesaría diez kilos, pero tuve la impresión de

que pesaba el doble. Y comprendí que mis fuerzas habían disminuido. Aquello explicaba el hambre voraz que sentía.

Apenas si pude alzarme hasta la ventana. Miré afuera. Oí hablar a los policías, en la puerta principal. Parecían no sospechar nada. Aquellos hombres se habrían vuelto locos si nos hubiesen sorprendido a mí y a mi otro yo juntos.

Pero nada de esto ocurrió. Pude descolgarme y alejarme, hasta alcanzar los setos. Volví a dar el rodeo, por detrás de la cátedra de bioquímica y llegué a donde me esperaba Sonia, impaciente,

— ¡Oh, Dean, creí que no volvías! ¿Lo traes?

— Sí. Vámonos.

Nos alejamos rápidamente, buscando los lugares oscuros, hasta llegar a la alameda donde habíamos dejado el coche. Eché el paquete sobre el asiento posterior y dije:

— Conduce tú, Sonia. Al saltar por la ventana me he torcido un poco el pie.

Mentí para ocultar mi debilidad. Estaba jadeando y sudoroso y no quería que ella pudiera notar mi estado.

— Iremos a casa y te echaré un vistazo.

— Es mejor que primero pongamos esto en un lugar seguro.

— ¡Hasta mañana no abren los bancos, Dean! — replicó ella, sentándose al volante y poniendo el vehículo en marcha.

— No es nada lo del pie. Y es mejor que nos separemos. Nos pueden buscar. Si nos encuentran juntos, nos detendrán a los dos.

— ¿Por qué nos van a detener?

— Por lo que hemos hecho. Y alguien debe mantenerse al margen. Es mejor que tú guardes el paquete y yo me vaya a casa. Mañana iré a buscarte.

— Estás muy raro, Dean.

Opté por callarme. Si se le ocurría mirarme bien, tal vez observaría la dilatación de mis poros. Yo quería comer, y no en presencia de ella. Mi debilidad era angustiosa.

Por suerte, Sonia no llegó a sospechar siquiera lo que había hecho. Se conformó con mi propuesta y me dejó en la esquina de mi casa, llevándose ella el coche, que era el suyo, y el paquete. Me dijo que aquella noche lo tendría junto a su cama. Si sucedía algo, lo destruiría. De nuestras mentes no podrían sacarlo tan fácilmente.

Entré en mi apartamiento sin ser visto. Nada más cerrar la puerta, volé hacia la cocina. Tenía muchas cosas para comer y me sentía con apetito suficiente para devorarlas todas. Pero me dije que podía morir de una indigestión. Opté por comer moderadamente, o sea triple que en circunstancias normales. También bebí más de un

litro de leche y un buen pedazo de tarta de fresa.

No satisfecho, tomé varios cafés muy cargados. Pero aún quedaba suficiente para cuando viniera mi otro yo, al que esperaba con impaciencia.

Me senté en el salón, en la penumbra y conecté el multivisor, sin prestar atención al programa.

No sé por qué motivo, me quedé dormido.

Desperté a la mañana siguiente, al clarear el día. Fue el hambre, tenaz y persistente, la que me hizo abrir los ojos. El multivisor continuaba funcionando. Y «él» no había regresado.

Esto me alarmó. ¿Dónde podía estar? ¿Qué había sido de él? ¿Por qué no me estaba permitido saber en el lugar dónde se encontraba? ¿Qué estuvo haciendo durante toda la noche? ¿Es que no comprendía que nuestra seguridad consistía en permanecer juntos?

Comí de la nevera y pensé en todo esto.

— ¿Y si le han detenido? —me pregunté en voz alta.

Estaba en una situación delicada. Si trataba de informarme acerca de «él» me descubriría. Si llamaba a Sonia y «él» estaba con ella, ocurriría lo mismo.

Yo necesitaba hablar conmigo, trazar un plan a seguir. Uno de los dos debía desaparecer momentáneamente, salir de la ciudad, ocultarse. Era necesario pensar y obrar con cordura.

¿Y si le había ocurrido algo? ¿Y si estaba muerto?

Este último pensamiento me aterró. Pero lo rechacé de plano.

¿Dónde podía estar? ¿Cómo encontrarle?

Se me ocurrió una idea. Me vestí con otras ropas. Usé un tinte para el cabello, de esos baratos que hay en todos los armarios de aseo, y me puse unas gafas de sol. Era difícil que alguien se fijase en mí que no fuese un amigo íntimo y diera la casualidad que hubiese acabado de ver a mi otro yo.

Sin embargo, decidí correr ese riesgo.

Lo primero que hice, al salir a la calle, fue penetrar en una cabina videofónica pública y llamar a casa de Sonia, tomando la precaución de obstruir con la mano el ojo visor, para poder ver sin ser visto, dado que mi intención era ver simplemente si Sonia estaba en su casa o, si, por el contrario, se ponía mi otro yo al lado de la línea.

Pero mis propósitos resultaron fallidos. Nadie contestó a la llamada, pese a que insistí muchas veces. Y entonces pensé en que Dean Sorber-Dos podía encontrarse con Sonia.

Este pensamiento no me gustó nada. Claro que no debía tener

celos de mí mismo. Era absurdo. Pero, ¿dónde estaba Sonia? ¿Y dónde estaba yo?

¿Quién era yo?

Vagué por las calles, hasta llegar a los terrenos de la Universidad, donde deambulaban muchos jóvenes que no se fijaron en mí, pese a ser su ídolo del rugby.

Me aproximé lo bastante a la cátedra de Radiobiología para descubrir a varios hombres de paisano, dentro del vestíbulo. Supuse que serían policías, porque también vi un coche negro, con matrícula oficial en las inmediaciones.

Me retiré sin llamar la atención, dirigiéndome luego al centro de la ciudad en un monorraíl. Tenía hambre y elegí un restaurante típico, donde Sonia y yo habíamos ido algunas veces a cenar.

Nada más entrar, el camarero se me quedó mirando.

— Eh, ¿no estuvo usted aquí anoche? No, no…

— Yo, no. Pero un pariente mío, tal vez sí.

— ¡Si trae usted el apetito de él…! ¡Diablos cómo comió!

Sentí una alegría inmensa al oír aquello. El camarero me dio las señas de mi otro yo. Dijo que llegó después de media noche y se gastó cincuenta dólares en comida y bebida… Y se llevó media docena de emparedados.

Tuve la impresión de que Dean Sorber-Dos había empezado a vivir por su cuenta. Y esto era peligroso para ambos.

¿Por qué no acudió al apartamiento? ¿Dónde estaba? ¿Y dónde estaba Sonia? ¿Acaso se habían ido juntos de la población?

No lo quería admitir, pero los celos empezaron a punzarme.

SEGUNDA PARTE

EL DEMONIO ULTRACOSMICO

Capítulo primero

Dean Sorber conocía la mansión de los Yukawa como la suya propia. Al amparo de la oscuridad saltó el pequeño muro del jardín y se deslizó, como una sombra, hasta el edificio, el cual rodeó.

Consultó el reloj de pulsera y vio que eran las cuatro de la madrugada. Había cenado en un restaurante del centro de la ciudad. Bebió varias veces distintos líquidos, en lugares diferentes, hasta que decidió tomar un coche eléctrico que había en una calle. Para un ingeniero electrónico, como él, hacer una conexión bajo el tablero y poner el vehículo en marcha, resultaba lo más fácil del mundo.

Efectuó una vuelta por la ciudad dormida y se comió la media docena de bocadillos que había comprado con dinero duplicado. Aquello le tenía sin cuidado a Dean Sorber.

La única persona que le inquietaba era su otro yo: el humano Dean Sorber. Sólo de él debía guardarse, porque sólo él conocía su debilidad.

Sonia le ayudaría. Para eso iba a buscarla. Ella no sospecharía nada, de momento, y le tomaría por su auténtico prometido.

Después, Dean tomó el coche robado y lo dejó cerca de la casa de Sonia. Sabía cómo entrar allí por la parte trasera. Era fácil. El lechero y el mozo del almacén podían entrar todos los días y dejar sus artículos sobre la mesa.

La puerta trasera no se cerraba ni siquiera por la noche. Claro que se debía conocer el secreto, como lo conocía Dean Sorber. Un circuito eléctrico accionaba la cerradura, pisando un saliente, de piedra artificial, que sólo conocían los habitantes de la casa y los proveedores.

Dean presionó el resorte y la cerradura se abrió. Entró en la cocina de puntillas y cerró la puerta. Sus primeros pasos fueron hacia el refrigerador de dónde sacó pollo frío, pastel, leche, fruta y media docena de salchichas.

Lo engulló todo de prisa. Su organismo trabajaba a toda marcha. Dean ignoraba si aquella veloz recuperación sería buena o no, pero se daba cuenta de que recuperaba fuerzas rápidamente.

Luego, entró en el interior del edificio, dirigiéndose al salón, donde se tendió en un sofá. Allí se quedó dormido en pocos segundos.

Sonia le despertó pocas horas después, sacudiéndole vigorosamente.

— ¡Dean, despierta! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

Dean parpadeó, se frotó la cabeza y miró a su prometida.

— ¡Oh, Sonia! Perdona... Habían policías ante la puerta de mi apartamiento.

— ¿Policías? ¿Qué hacían?

— ¿Crees que me iba a parar a preguntarles? Estuve en el laboratorio y conseguí los catalizadores que me faltaban. Luego, vine aquí y estuve esperando a ver si aparecía la policía. Como no fue así, entré por la cocina.

— ¿Crees que vendrá la policía?

— No lo sé. Estaban en mi apartamiento. Tal vez sólo me buscan a mí. Por eso, lo mejor que podemos hacer es desaparecer cuanto antes, llevándonos todo el material. ¿Qué hora es?

— Las ocho de la mañana.

— Vámonos, Sonia — dijo Dean, poniéndose en pie.

— ¿Adonde?

— Donde sea. De momento, lejos de aquí. Iremos en tu coche. Después decidiremos lo que nos conviene hacer. Creo ,que será mejor esperar al regreso de tu padre.

— ¡Papá tardará varios meses, quizá un año!

— ¿Y quieres que le aguarde encerrado en una celda insonorizada?

— No. Tienes razón. Debemos salir de la ciudad. Recogeré unas cuantas cosas. Iremos a depositar los archivos a un banco...

— Debemos hacerlo en otro lugar, Sonia. En Washington, por ejemplo. Ahora, no pierdas tiempo. .. Voy a tomar cualquier cosa mientras te arreglas. ¡Ah, necesitaremos algún dinero!

— Sí, Dean — contestó Sonia.

— Hemos de permanecer ocultos hasta que regrese tu padre. No deben encontrarnos.

— ¿Crees que hacemos bien? Papá nos indicó que Dick Morton nos diría lo que debíamos hacer.

— ¡Morton sólo quiere agradar a Henry Maxim! ¡Todos son iguales, Sonia! ¡Los rayos imitantes son lo único que desean!

— Bueno. Pero tienen razón. Trabajamos para la «E. C. Inc.». Son ellos los que nos pagan.

— De acuerdo, Sonia. Ellos nos pagan. ¿Por qué, entonces, han

hecho que se vaya tu padre, que era el único que podía ponerles objeciones? ¿Por qué hemos de ser nosotros quienes les demos las facilidades?

— No sé qué decirte, Dean.

— ¡Te lo diré yo! —gritó Dean Sorber furiosamente—. Quieren dejar a un lado a tu padre, arrebatarle la gloria del descubrimiento más importante de la historia de las ciencias. Yo he pensado en todo esto.

»Con el poder de los «rayos mutantes», cualquier persona podría hacerse dueño del mundo.

— ¡Exageras, Dean!

— ¿Exagero? ¿Pero es que no te has dado cuenta aún? Todo puede ser doblado. El oro, la riqueza, la materia... ¿Sabes lo que vale una obra

de arte? ¡Nosotros podemos tener lo que se nos antoje!

— ¿Nosotros?

Dean sonrió.

— No es que yo quiera aprovecharme de los trabajos de tu padre. Lo que pretendo es que no se aprovechen otros. He dicho nosotros, porque tenemos el secreto en esos archivos. Pero cuando él regrese...

Sonia quedó convencida.

Subió a su cuarto y preparó un pequeño maletín. Recogió también algún dinero. Al bajar a la planta inferior, Dean estaba comiendo y bebiendo.

— ¿Estás lista? —preguntó.

— Sí. Vámonos cuando quieras.

— Ahora mismo.

Tomaron el paquete con los archivos del laboratorio y los catalizadores que había traído él, envueltos en papel de embalaje. Lo pusieron todo en el coche de Sonia y, segundos después, partían hacia las afueras de la ciudad.

* * *

— ¿Queda muy lejos, amigo?

— Como a dos millas. Ya verá el camino y el cartel. No tiene pérdida.

— Gracias —dijo Dean.

Depósito diez créditos sobre el mostrador y salió del establecimiento.

Sonia, con un gran sombrero, para protegerse del sol, estaba sentada en el coche.

— ¿Qué te ha dicho?

— Hay un pueblo a tres millas, Sonia — contestó él, sentándose al volante y poniendo en marcha el coche—. Allí encontraremos hotel. Nos hospedaremos como si fuésemos hermanos, ¿entiendes?

— ¿Hermanos? ¿Por qué?

Dean la miró sonriendo.

— Si decimos que somos marido y mujer y pedimos habitaciones separadas, sospecharán.

— ¡Oh! —exclamó ella, sonrojándose.

— Diremos que estamos de vacaciones... Daremos un nombre cualquiera. Es mejor así. ¿Cuánto tiempo puede tardar tu padre en volver?

— No tengo ni la menor idea. Tal vez un año.

— ¡Hum! Eso es mucho tiempo para permanecer ocultos. Tal vez sería mejor buscar otro refugio más aislado. El hombre del parador me ha dicho que a dos millas hay un camino que conduce a una antigua fábrica abandonada. Esto es un desierto...

— ¿Y qué vamos a hacer en una fábrica abandonada?

— Tal vez tenga viviendas. No perdemos nada con echar un vistazo.

— ¿Por qué te ha dicho que hay esa fábrica? ¿Se lo has preguntado tú?

— ¡Ah, no! Dijo que por esta carretera secundaria apenas si pasan coches. Evocó los buenos tiempos, cuando existía la fábrica. Él puso su negocio ahí y le fue bien al principio. Va a tener que dejarlo o se morirá de hambre.

»Por lo visto, me ha tomado por un ingeniero que venía a ver en qué estado se hallaba la fábrica, por si a la compañía se ¡e ocurría ponerla de nuevo en marcha.

Sonia llevaba tres días y tres noches en el vehículo y deseaba terminar el viaje de una vez. Por esto no opuso objeción cuando él propuso, un poco más allá:

— ¿Y si vamos a ver esa fábrica?... Mira, allí está el camino.

Resultó ser un lugar interesante. Había un bloque de viviendas dentro del recinto cerrado. La fábrica llevaba clausurada dos años y había sido utilizada para la explotación y envasado de bórax, producto que extraían de una cantera próxima.

Por lo visto, la empresa quebró y todo quedó cerrado y aislado.

Pero Dean Sorber no se amilanó por un oxidado candado. Con las herramientas del coche, logró retirar aquel obstáculo. Había visto que el tendido de la instalación eléctrica llegaba hasta la misma fábrica, y que los cables habían sido cortados exactamente

después de la acometida interior.

Penetraron en el recinto y Sonia dijo:

— ¿Y si viene alguien?

— Él dueño del parador me dijo que hace años que nadie se acerca por estos lugares... Mira, aquélla debió ser la vivienda del gerente. Vamos a ver en qué estado se encuentra.

Detuvieron el coche frente a un chalet, bastante deteriorado por el transcurso del tiempo. Todo estaba cerrado. Pero Dean, tras dar la vuelta al edificio, halló la forma de penetrar por una ventana que tenía los cristales rotos. Luego, abrió la puerta principal y gritó:'

— ¡Eh, Sonia, bienvenida a tu casa!

— ¡Oh, Dean, no has debido...!

— Éste es el mejor refugio que podíamos encontrar. Nadie viene por aquí. Estamos en un verdadero desierto... ¿Por qué desaprovechar estos muebles? Todo está enfundado y en orden; Vamos, entra.

Sonia entró. Hubo de admitir que, a excepción del polvo que lo cubría todo, la casa estaba en buenas condiciones.

— No hay agua ni electricidad. Pero puede que resuelva ese problema hoy mismo. A ver si consigues adecentar esto un poco, Sonia. He visto los cables del tendido eléctrico y, con un poco de suerte, la compañía de Hurón nos suministrará Huido gratis.

— ¿Y si se enteran? ¡Esto no es nuestro, Dean!

— ¿Tienes miedo, amor mío? —preguntó él, tomándola de la cintura y atrayéndola hacia sí.

— Sí. Creo que sería mejor ir al pueblo y pedir alojamiento en un hotel.

— ¿Y si nos están buscando por toda la nación? Al menos, nadie sabe que estamos aquí. Ocultaremos el coche. Volveré a cerrar la verja con el candado... ¡Y a esperar!

— ¿Y de qué vamos a vivir?

— Iré al pueblo a buscar provisiones. Fingiré que voy de paso... Y, en el peor de los casos, podemos hacernos amigos del dueño del parador. Si él nos protege y nos ayuda, a cambio de unos cuantos créditos, podemos permanecer aquí hasta que vuelva tu padre.

Sonia no respondió. Toda aquella aventura empezaba a no gustarle. Desde luego, estaba de acuerdo con Dean en que nadie debía manipular los rayos mutantes hasta que no volviera su padre, ¡ni siquiera los ejecutivos de la «E.C. Inc»!

Pero las cosas tomaban un cariz inquietante. Dean se comportaba de un modo bastante extraño. Todo le parecía bien, como si fuese suyo. Claro que lo hacía para no ser descubierto.

Posiblemente, les estarían buscando a ambos. Su desaparición habría exasperado tanto al rector de la Universidad como a los dirigentes de la «E. C. Inc».

Sin duda, resultaba un refugio bastante bueno. Sonia se dijo que no debía preocuparse. Amaba a Dean y él la defendería.

Y vivir allí, a solas con él, tampoco le preocupaba, pues le amaba.

Sin embargo, Dean no se había comportado durante los tres días y tres noches que llevaban juntos como un hombre enamorado. La besó, sí. Pero nada más… Y ella hubiese querido algo más.

Esto la ponía nerviosa. Dean sólo pensaba en alejarse de Pittsburgh, y recorrer el mayor número posible de kilómetros. Para que no llamasen la atención, la había hecho permanecer en el coche muchas veces, sin ser vista, mientras él recargaba las baterías o tomaba algo en los restaurantes de las carreteras de segundo orden.

Claro que luego le traía una bolsa con vituallas, y hasta, en dos ocasiones, de noche, cenaron juntos, en lugares perdidos y solitarios, de poco tráfico. Ella alegaba que nadie les seguía. Y los boletines de noticias nada decían sobre ellos, pese a que conectaban las más importantes cadenas nacionales de radio.

Dean exploró la fábrica abandonada. Regresó una hora después y dijo:

— Es un lugar estupendo, querida. Vamos a tener hasta energía eléctrica. Creo que les cables del tendido exterior tienen corriente, pero si no fuese así, hay un generador que funciona con una vieja pila atómica.

»He encontrado, además, un sitio estupendo para instalar el laboratorio.

Sonia dio un salto.

— ¿El laboratorio?

— ¿No pensarás que vamos a estar aquí con los brazos cruzados todo el tiempo? Hemos de hacer algo. Y éste es un lugar tranquilo, donde podemos trabajar sin peligro a ser molestados.

— ¿Y qué quieres hacer, Dean?

— Lo que hacíamos en Pittsburgh.

— ¿Instalar aquí una cámara de radiaciones?

— ¿Y por qué no? ¿Qué hay de malo en ello? Tu padre se sentiría muy orgulloso de nosotros. He hallado materiales en abundancia. Claro que nos faltarán algunas cosas, pero podemos improvisar y lo imprescindible podemos ir a buscarlo a Tucson o a Phoenix.

— ¿Cuál es tu idea, Dean Sorber? —preguntó Sonia, muy

seriamente.

Él se volvió de espaldas y se apoyó en el vano de la puerta.

— La policía de Pittsburgh, por orden de la «E.C. Inc», y con permiso del rector, que debía estar de acuerdo con el envidioso doctor Aldiss, no nos dejó trabajar allí. Es mucho lo que hay que hacer aún, Sonia. Creo que debemos continuarlo aquí.

— ¿No nos escapamos para esperar el regreso de mi padre?

— Sí. Pero tu padre puede tardar un año o más en regresar… Y hasta puede que no vuelva.

— ¿Qué te hace suponer que no va a volver?

— Los «rayos imitantes», Sonia. Recuerda lo que dijo el señor Henry Maxim. Dick Morton me lo confirmó después. Estábamos ensayando con algo muy importante, Sonia… ¡Esos rayos pueden hacer que la humanidad entera cambie de signo, que el mundo sea distinto a partir de ahora!

— ¿Por qué ha de ser distinto, Dean? ¡Me das miedo! ¡Mírame a la cara! ¿Qué me ocultas?

Él se volvió. Sus ojos chispeaban al decir entre dientes:

— Los «rayes mutantes» poseen un poder extraordinario, Sonia. No sé si te has percatado de ello. Los otros, desde luego, sí. Por eso tratarán de eliminar a tu padre.

— ¡No pueden hacer una canallada así! ¡Mi padre es un científico de fama internacional!

— Los científicos de fama internacional también pueden sufrir un accidente, durante el transcurso de la expedición a Marte. ¿Y después, Sonia?

— ¡Oh, no! ¡Los «rayos mutantes» son una fuente de energía transmutable que debe aplicarse en beneficio de la humanidad!

— ¡Si les dejamos, ellos los utilizarán en su propio beneficio, Sonia! ¿No te das cuenta? ¡Y mientras nosotros tengamos el secreto, habrán de acatarnos! ¡No pueden obligarnos a nada, ni siquiera despedirnos! ¡Somos los que poseemos el secreto!

Ella se había detenido frente a él, mirándole sorprendida. Dean Sorber le parecía otro.

— No tenemos derecho a hacer esto, Dean — musitó.

— ¿Y lo tienen ellos, porque son ricos y nosotros no?

—Ellos no son ricos. Son empleados, como tú y como yo, de una compañía.

— ¡Me refiero a los ejecutivos, a Henry Maxim, a Dick Morton, a todos los que pretenden quedarse con los «rayos mutantes»! ¡Escucha, Sonia; debes comprenderlo! ¡Nosotros podemos tener fuerza y poder…! Duplicaremos el dinero que tenemos.

Compraremos todo lo que nos apetezca. Podemos ser omnipotentes…

— ¿Te has vuelto loco, Dean? No podemos hacer nada de eso. Diez mil créditos pueden convertirse en veinte mil. Pero si tratamos de hacer cuarenta mil, nos descubrirán.

— No me has comprendido, querida… ¡Me refiero al poder de los «rayos mutantes»! ¡Podemos duplicar la humanidad!

Sonia retrocedió unos pasos.

— ¿Lo dices en serio, Dean?

Él se acercó y la abrazó.

— Escucha, querida. Tenemos que esperar a que regrese tu padre. Cuando vuelva, lo llamaremos. Él decidirá lo que más conviene hacer. Es tu padre y mi jefe. Pero hasta entonces, creo que debemos seguir investigando. Permanecer aquí un año o más, sin hacer nada, me parece horrible.

Sonia se dejó besar y creyó que sus temores se disipaban. En realidad, no habían hecho más que empezar. Dean tenía algún pensamiento oculto. Desde que lo encontró durmiendo en el salón, le parecía distinto, raro, extraño.

Sin embargo, en sus brazos, dijo:

— Haré lo que tú digas, Dean.

— Montaremos un laboratorio y realizaremos ensayos.

— Sólo pido a Dios que todo termine bien, Dean.

— No te preocupes. De momento, sacaré agua del pozo. Haré funcionar la bomba. Mañana iré al pueblo a buscar provisiones para varios meses.

Capítulo II

Un día, Dean regresó acompañado de Edwin Reader, el dueño del parador situado en la carretera. Ambos entraron en la casa, sonriendo satisfechos. Sonia salió de la cocina y se sorprendió al verlo.

— Hola, Sonia. Te presento a nuestro buen amigo Edwin.

— Pero... Yo pensé...

— Edwin nos ha ayudado mucho.

— ¡No se preocupe usted por mí, señora Sorber! — exclamó el hombre—. Su esposo me lo ha contado todo... Y sitio como éste, tan aislado, no lo hallarán en ninguna parte. Pueden confiar en mí. Yo les traeré todo lo que necesiten.

— ¿Se lo has dicho todo, Dean?

— Sí, es mejor así. Ya he ido dos veces al pueblo. El sheriff puede sentir curiosidad y hacer preguntas. Ahora sabemos que nos buscan en todo el país.

— ¡Y han aparecido sus retratos en los periódicos! — añadió Edwin Reader—. Ya se los enseñé a Dean... Los desaparecidos de la Universidad de Pittsburgh. Se ruega que informen a las autoridades más próximas, si los ven.

— Creo que deberíamos volver —dijo Sonia.

— ¡Aquí no les encontrará nadie, señora! ¡Ustedes tienen tanto derecho como cualquiera a vivir su vida, sin tener que doblegarse ante los poderosos industriales! ¡Yo lo digo y se lo he dicho a Dean!

»Yo también me cansé un día de todo eso. Vendí mi casa, dejé el trabajo y me vine aquí, en busca' de libertad. Sé que esto es muy caluroso y solitario, pero me revientan las grandes ciudades, las gentes, la opresión del fuerte sobre el débil... ¡Nada, pueden contar ustedes conmigo para lo que deseen! Y, por mí, nadie sabrá que están aquí.

— Gracias, Edwin. Es usted una excelente persona. ¿Quiere venir a ver lo que estamos haciendo?

— ¡Oh, sí; me gustaría mucho!

Sonia dirigió a Dean una mirada intensa. Pero él no le prestó atención, dirigiéndose con su nuevo amigo hacia la puerta. Antes de

salir, dijo:

— Prepara un cubierto para Edwin, Sonia. Se quedará a comer con nosotros.

— Sí.

Aquella noche, antes de retirarse a descansar, Sonia dijo a Dean:

— No has debido enseñarle el laboratorio a ese hombre.

— Necesito que vaya a Tucson a traerme algunas cosas que nos hacen falta. No temas. Es un buen sujeto y lo he ganado para nuestra causa.

— ¿Y si nos descubre?

— ¿Por qué ha de hacerlo?

— No lo sé... Ni hemos debido empezar a construir la cámara de radiaciones, ni él debe saberlo. Es un hombre ignorante.

— Siente una gran admiración por nosotros. Me rogó encarecidamente que le dejase venir. No pude negarme, dado lo mucho que nos ayuda. Si nos hubiera querido denunciar, ya lo habría hecho.

— Sí, claro.

Él la besó y se separaron, encerrándose cada uno en su cuarto.

Al quedarse sola, Sonia se tendió en la cama. Los recuerdos la invadieron. Pensó en sus largos años de estudios, siempre al lado de su padre, el trabajo y la investigación, hasta que Suki Yukawa le dijo un día:

— Hija mía, ¿has pensado en casarte?

Fue entonces cuando empezó todo. Una mujer de veinticinco años debía pensar en algo más que en la investigación. Por esto accedió a ir a la fiesta de fin de curso, donde conoció a Dean Sorber.

Le gustó. Había oído hablar de él, como el mejor jugador de rugby de la Universidad. Era apuesto, fuerte, inteligente, y trataba de conseguir un puesto en la vida. Ella podía ayudarle, y lo hizo.

Lo demás llegó paulatinamente. Él la acompañaba casi todas las noches, hablaban en el jardín de ella, él la tomó en sus brazos, la besó... Y algún tiempo después le dijo que la amaba y que deseaba casarse con ella.

Sonia se sintió feliz aquella noche. Luego, durante las largas jornadas de trabajo, también tenía momentos de ternura con ella. Con frecuencia la sorprendía por la espalda y la besaba. También tomaba sus manos y las acariciaba, diciéndole frases llenas de ternura.

Sin embargo, desde que empezó aquella extraña aventura, apenas si la había besado. En muy pocas ocasiones se mostró tierno

con ella. Más bien parecía excitado, nervioso, preocupado por algo que ella no podía adivinar.

¡Y ella habría anhelado tanto que la puerta de su alcoba se abriera y apareciera él, para tomarla definitivamente en sus brazos!

Casi dos meses juntos a todas horas y el amor parecía haberse quedado en Pittsburgh. ¿Por qué? ¿Qué era lo que se proponía Dean?

Sonia creía adivinarlo. Y esto la asustaba.

Dean quería el poder de los rayos mutantes. Esto era innegable. Posiblemente, trataba de realizar alguna prueba extraña y buscar luego alguna empresa importante, rival de la «E.C. Inc», que le diera todo lo que él era capaz de pedir.

¿Tenía derecho a hacer esto?

Sonia sabía que no. Pero, por otra parte, él pretendía defender los legítimos intereses de su padre de ella. Además, las experiencias que pudiera realizar allí, en aquella fábrica abandonada, no podían ser muy importantes, dada la escasez de medios que tenían. Y mientras Dean permaneciera ocupado, haciendo algo útil, soportaría mejor el aislamiento y la soledad.

* * *

Edwin Reader regresó cuatro días después, trayendo en su furgón muchos paquetes, herramientas y objetos extraños en cajas. Dean, que le esperaba impaciente, salió a recibirle a la verja.

— ¿Lo trae usted todo, Edwin?

— Casi todo, Dean —replicó el hombre—. Y como es posible hallar el ciclotrón, no adquirí los materiales necesarios. Yo sé hacer soldadura de arco. Trabajé en una fábrica de automóviles. Tampoco es posible hallar en Tucson el generador termiónico, como usted supuso.

»¡Ah, pero yo soy muy listo, y he traído algo que le puede sustituir! Es una batería de cobalto, con más de cien años sobre sus poros, sacada de la vieja Universidad de Tucson. La tenía arrumbada un chatarrero...

— ¡Ay, Edwin! —se lamentó Dean—. Me temo que no vamos a conseguir nada con todo esto. De todas formas, trabajaremos con lo que hay, y, si es preciso, haremos otro viaje a California.

— ¡Iré donde sea necesario, Dean! Sólo quiero ver ese aparato funcionando.

— Bueno. Llevaremos el furgón hasta la entrada del laboratorio. Sonia está allí, trabajando en la instalación electromagnética. Yo he tenido que hacer un crisol para fundir vidrio.

— ¡Diablos, tan complicado es el procedimiento...!

Cuando llegaron a la puerta del laboratorio, Sonia oyó el ruido del furgón y salió a recibirles. Su expresión era triste. Había adelgazado mucho y tenía los ojos hundidos. Sin embargo, se alegró de ver a Edwin. Últimamente apenas si hablaba con Dean.

— ¿Qué tal el viaje?

— Bien, señora Sorber —para Edwin, la pareja se había casado al salir de Pittsburgh y los consideraba marido y mujer—: Todo ha ido bien. Pero algunas cosas, como me dijeron, no es fácil hallarlas. Si no se pueden arreglar sin ellas o es imposible hacerlas aquí, iremos a California a buscarlas.

— ¿Ha traído los periódicos que le dije, Edwin?

Edwin miró a Dean. Luego, respondió:

— No, lo siento... Dean me aconsejó que no despertase sospechas...

— ¿Buscar unos periódicos viejos puede infundir sospechas, Edwin?

— Compréndelo, querida —medió Dean—. Ya han transcurrido cuatro meses. Apenas si se habla de nosotros. Y pedir periódicos que se nos mencione, al mismo tiempo de comprar material electrónico y magnético, podía despertar sospechas en alguien.

— Lo más importante es que su padre de usted no ha vuelto aún —añadió Edwin, empezando a descargar el furgón.

Entraron los paquetes y materiales hasta el laboratorio improvisado. Éste era un lugar amplio, con ventanas cubiertas de plástico, en donde se había construido una cabina de cristales. Sobre una mesa de hierro, Dean y Sonia habían colocado todo lo que hallaron en la vieja fábrica que podía serles útil. Varios cuadros de control, modificados, y miles de cables eléctricos de wolframio, uranio y cadmio, conectaban el improvisado control con la cámara propiamente dicha.

Los enormes electroimanes, construidos por ellos mismos, descansaban sobre tarimas de madera y goma, a ambos lados de la cámara. Ésta era de regulares dimensiones, no mayor que una cabina telefónica. Para mantenerla herméticamente cerrada, Dean había utilizado una gruesa cuerda que apretaba los cuatro muros por medio de tensores. Una junta aislante la cerraba totalmente.

Con ayuda de Edwin procedieron a montar los soportes de los rayos catódicos a las ventanas de la cabina, mientras Sonia repasaba el material y examinaba la vieja máquina que había servido de ensayo a los alumnos de Física de la Universidad de Tucson.

— ¿Esto es un generador termiónico? —preguntó—. ¿Y con esto

tratas de acelerar los rayos ultracósmicos, Dean?

El aludido se encogió de hombros.

— Mi propósito es utilizar rayos cósmicos directamente del sol, y transformarlos por medio de los catalizadores.

— Mi padre los producía artificialmente.

— En sus notas hay una observación importante. El generador termiónico neutraliza y retiene las radiaciones normales. Se trata de intercalar una pantalla de potasio. Supongo que habrán quitado la pila del generador; si es así, la repararé... Y esa ventana nos permitirá, por medio de espejos, obtener rayos cósmicos directamente, con lo que simplificaremos mucho la labor.

»No podemos gastar más dinero. Apenas si nos queda.

Aprovechando que Edwin Reader había salido en busca de más materiales, Sonia preguntó:

¿Por qué no lo dejamos, Dean?

— ¿Dejarlo?

— Sí. Presiento que va a ocurrir algo grave. En este desierto inhóspito no podemos encontrar ayuda de nadie, si sucede un accidente.

— ¡Vamos, Sonia! ¿Vas a decirme que tienes miedo? Tú has nacido entre estas cosas.

— Pero las manejaba otra persona.

— Tengo todos los datos de tu padre. Tú estás aquí conmigo. Además, sabes más que yo de todo esto. ¿Qué puede ocurrir?

Sonia ya no contestó. Se mordió los labios y salió apresuradamente, para correr hacia la casa que les servía de vivienda, donde se encerró en su cuarto, echándose luego a llorar.

Por vez primera tuvo la impresión de estar cautiva de un Dean Sorber que se había convertido en algo monstruoso y vil. Y también tuvo el primer pensamiento de huida.

¿Y si lo dejaba todo y se marchaba? Podía regresar a Pittsburgh en su coche. Si se presentaba a las autoridades y contaba la verdad, ¿qué podía ocurrirle? ¿Había cometido algún delito?

Sin embargo, no se decidió. No quería abandonar a Dean... ¡Le amaba demasiado!

* * *

Fue un mes más tarde, cuando Edwin Reader regresó de su segundo viaje. En esta ocasión fue a Los Ángeles, en California, utilizando el tren subterráneo. Necesitaban una serie de piezas que sólo una casa especializada de aquella ciudad podía facilitarles. Y esencialmente, dos bobinas de alta frecuencia, imprescindibles.

Para obtenerlas, Edwin Reader empleó un truco, que consistió en enviar primero una nota de pedido, con membrete de la Universidad de Pittsburgh, rogando le fuesen enviadas a la mayor brevedad posible a la cátedra de Física. Fue Dean quien firmó primero con el anagrama de doctor Aldiss, y luego, con la firma del jefe de material.

Dean escribió otra carta, con fecha posterior, rogando entregasen las bobinas al dador, porque su urgencia era apremiante, para lo cual enviaban un mensajero desde Pittsburgh.

Edwin envió la primera carta por el procedimiento «sin destino», que consistía en echarla en el buzón del tren subterráneo. Luego, se dirigió a Los Ángeles, perdió un día adquiriendo algunas cosas, y por último, fue a la filial de la «E.C. Inc», en California, y fue directamente al almacén, fingiendo estar desorientado.

Su carta anterior había llegado. El trámite se iniciaba ya, para pedir la confirmación a Pittsburgh. Pero la llegada de Edwin, con la segunda nota, modificó las cosas. El asunto parecía urgente, y la oficina técnica dio orden de entregar las bobinas. Después pedirían la confirmación.

Así lo había supuesto Dean, y así ocurrió. En cuanto Edwin tuvo en su poder las bobinas, firmó una serie de papeles, y salió rápidamente, para desaparecer en seguida de la ciudad con todo lo que había adquirido.

Tardó una semana en ir y volver. Y cuando llegó, se encontró a Sonia Yukawa extrañamente deprimida.

Fue ella la que le salió al paso, antes de que apareciera Dean.

— Hola, señor Reader. Le estaba esperando. ¿Quiere entrar en la casa?

—Sí. ¿Está ahí el señor Sorber?

— No. Está en el laboratorio. Pero deseo hablar con usted.

— Pues, dígame. La escucho.

— Deseo saber por qué hace usted todo esto por nosotros. ¿Qué le ha prometido Dean?

Edwin se puso nervioso y se sonrojó.

— Pues... Bueno, me dijo que yo participaría en los beneficios.

— ¿Le prometió beneficios?

— Sí.

— ¿Cuánto?

— Un millón de créditos.

— ¿Y le creyó usted? —exclamó Sonia, asombrada.

— ¿Por qué no había de creerle? ¡Esos aparatos nos harán ricos a todos!

— ¡Oh, no, señor Edwin; yo no puedo permitir que Dean le engañe!

— ¿Qué quiere usted decir?

— Dean fe ha engañado. Con lo que se propone hacer no se hará rico. La cámara de radiaciones no convierte las piedras en oro, ni el papel en créditos oficiales. Dean lo sabe muy bien...

— No se trata de hacer oro, señora Sorber — replicó Reader, obstinadamente—. Es algo mucho más importante... Él me dijo que podía hacer otro hombre como yo, ¡exactamente igual que yo! , .

— ¿Eso le dijo? —pregunto Soma, atónita.

— Sí. Y yo sé que es cierto. Porque él es el doble de otro hombre que está encerrado en un centro psiquiátrico de Pittsburg...

Sonia quedó aterrada al oír aquello.

— ¿Cómo? ¿Qué...?

— Yo lo leí en los periódicos... Perdón, no he debido contárselo a usted. Me rogó que no le dijese nada. Por eso estropeó la radio.

Sonia quedó unos instantes sin habla. Su mente era un terrible caos. ¿Era posible que Dean hubiese hecho lo que decía Erwin Reader? ¿Cuándo? ¿La noche en que fueron a retirar los archivos?

— No... No puede ser... ¡Esto es imposible, señor Reader!

Dean Sorber llegó en aquel momento. Al ver a Edwin y Sonia comprendió que algo grave sucedía. La expresión de ella no podía ser más elocuente y extraña.

— Hola, Edwin... ¿Qué ocurre?

— Lo traigo todo. Salió estupendamente el truco... Voy a llevarlo al laboratorio.

Edwin se apresuró a salir. Dean se acercó a Sonia y la agarró por el brazo. Ella le miraba como si no le conociera.

— ¿Qué te ocurre?

— Edwin me ha dicho que tú... Que entraste en la cámara de radiaciones, aquella noche... ¡No puedo creerlo, Dean!

Él no contestó, mirándola fijamente.

— ¿Es cierto, Dean? ¿Lo hiciste?

Él bajó la cabeza y musitó:

— Sí, Sonia.

Fue ella la que se volvió, mirándole al rostro, anhelante.

— ¿Y qué...? ¿Por qué no me lo dijiste?

— No podía. Debes comprenderlo, Sonia. Nos hallamos ante el descubrimiento más importante de todos los siglos...

— ¿Qué pasó? —chilló Sonia—. ¿Hay otro Dean Sorber?

— Sí.

— ¿Y te lo has callado?

— Aquello no resultó bien, Sonia. Pero ahora saldrá. No puede fallar. Sólo yo sé la verdad. Ni siquiera tu padre.

— ¿Hay otro hombre como tú en un centro psiquiátrico?

— Sí, por eso no quise decírtelo. Tenía que hacerlo, Sonia. Henry Maxim iba a desmontar el laboratorio y llevárselo a Nueva York. Todo nuestro trabajo podía perderse. Era necesario hacer la prueba definitiva. ¿Y quién, si no yo, podía hacerla?

»Me metí en la cámara, después de haber puesto en funcionamiento los mandos...»

— ¡Oh, Dean! ¿De veras hiciste eso?

— Sí. Y mi otro yo surgió a mi lado, exactamente igual. Lo saqué de la cámara. Teníamos que comer y beber...

— ¡Sí, sí! ¡Continúa! —apremió Sonia, demudada.

— Pronto vi que no era normal. Yo pude rehacerme. Cuando te dejé, me comí todo lo que tenía en casa y luego fui a la tuya. Durante el viaje, no quería mostrarme en los restaurantes, para que no me vieras comer. Habrías sospechado la verdad.

— ¡Oh, Dean! —exclamó Sonia, emocionada—. ¿Cómo no me di cuenta? ¿Y qué pasó con él?

— Hablamos muy poco. Yo me fui contigo y él debía dirigirse al apartamiento. Pero no fue. Pensé que habría sido arrestado por la policía. Por eso te dije que debíamos huir.

«Yo no quería alarmarte, Sonia. Después, por los periódicos y la radio, he sabido que el otro está trastornado. Su mente no es normal. ¿Comprendes? Hubo un fallo en mi doble. Tú sabes que yo estoy normal.

Capítulo III

— Es posible reproducir a un ser humano, Sonia. Yo soy la prueba.

— ¿Por qué nos buscan, pues?

— Mi otro yo ha hablado con el doctor Emory Stillman, un psiquiatra de Pittsburgh, y su historia ha sido creída, al parecer sólo a medias. Si nosotros aparecemos, lo creerán del todo y el alboroto será indescriptible.

— No importa lo que ocurra. Hemos de volver a casa y explicar la verdad, Dean.

— ¡No! —gritó él—. Ya lo tenemos todo preparado. Podemos repetir la prueba.

— ¿La prueba? —preguntó Sonia, sorprendida—. ¿Con quién?

— Conmigo. Ya me he repuesto totalmente. He recuperado mi peso y no me siento tan fatigado y débil como el primer día.

— ¿Estás loco, Dean? ¡Puedes morir!

— La muerte no me asusta — replicó él, sonriente—. Pero la ciencia debe conocer el gran descubrimiento de tu padre, cuando podamos demostrarlo sin riesgo.

— Tú buscas gloria, Dean. Ahora lo comprendo. Me dices a mí que lo haces por mi padre. Pero has prometido mucho dinero a Edwin y eso es señal que aspiras...

— ¡Qué tonta eres, Sonia! Necesitamos la ayuda de él. ¿De qué otro modo podía estar de nuestra parte? Es un infeliz, pero le necesitamos. Desde luego, la «E. C. Inc.» habrá de pagar mucho por esto, o lo harán otros.

— Eso no es justo, Dean.

— Eres igual que tu padre. No distingues entre lo justo y lo injusto. Henry Maxim quería aprovechar el descubrimiento para él y sus compañeros de dirección de la empresa. A tu padre le habrían dado la gloria y unas cuantas migajas. Pero a nosotros tendrán que darnos mucho más, o cederé la patente al extranjero. Y no quiero beneficios para mí, sino para tu padre y para ti.

Sonia estaba aún demasiado aturdida para reflexionar fríamente. Si lo que él le había contado era cierto, y parecía serlo, Dean era un

héroe de la ciencia, pues había puesto en peligro su propia vida para demostrar algo que ni siquiera ella se había atrevido a pensar siquiera.

Estaba inquieta, empero, por las mentiras que él le había dicho. Desde que salieron de Pittsburgh no había hecho más que engañarla. Ahora, que creía saber la verdad, todo le parecía una mentira piadosa.

Sin embargo, aún la asaltaban las dudas.

— Tienes un doble, Dean. Le has visto y has hablado con él. ¿No debiste decírmelo?

— De haberlo hecho, ahora no nos encontraríamos aquí, a punto de realizar otra gran prueba.

— ¡No quiero que lo intentes de nuevo contigo, Dean! —exclamó ella, abrazándole— ¡Si te perdiera, no me lo perdonaría nunca!

— Edwin nos traerá algunos animales vivos, con los que ensayaremos primero. Luego... Bueno, tal vez Edwin quiera verse a sí mismo... O tú.

Sonia se estremeció, abrazada a él.

A partir de aquel momento, trabajaron con mayor ahínco. Con los materiales que había traído Edwin, podían realizar las primeras pruebas. Faltaban algunos aparatos, pero podían improvisar gracias a los conocimientos que poseían ambos de los «rayos imitantes».

Y, desde luego, el procedimiento de los rayos cósmicos, recogidos en los catalizadores primarios por medio de espejos, dio resultado en una prueba preliminar.

Edwin había cerrado el parador y vivía con ellos en la fábrica abandonada, dedicado intensamente a colaborar en todo y por todo, hasta el extremo de que era él quien cocinaba para los otros, a fin de que Sonia no perdiera tiempo en las faenas de la casa.

Y llegó también el momento en que Dean lo tuvo todo casi a punto para realizar las primeras pruebas.

Edwin no quiso perdérselas y permanecía allí, día y noche.

— Tendrá que ir a Hurón a buscar animales vivos, Edwin —le dijo Dean.

— ¿No va a ensayar primero con algunos objetos? — preguntó el hombre.

Dean sonrió.

— Sí, Edwin. Y por lo mucho que nos ha ayudado, voy a dejarle realizar su sueño. ¿Cuánto dinero tiene encima?

Edwin sacó ciento veinte créditos de su cartera metálica.

— Todo esto... Ciento veinte créditos.

— Se los voy a convertir en doscientos cuarenta. Lo malo es que tendrán la numeración repetida, y por eso pueden encarcelarlo.

— No los gastaré todos... Quisiera también una copia de la fotografía de mi difunta esposa.

— ¡Un fotógrafo se la haría mejor y más barata! — exclamó Dean—. Pero no importa. Usted quiere ver la prueba. Ayúdeme a abrir la cabina.

Primero, cuando estuvo todo a punto, Dean experimentó con un pedazo de hierro. Allí no tenían torno, ni pinzas articuladas. Era necesario abrir la cabina, dejar los objetos frente a los tubos catódicos, y volver a cerrar la cámara de cristal.

La primera prueba no dio resultado. Sonia y Dean, ante la impaciencia de Edwin, trabajaron veinticuatro horas seguidas, sin descanso, para subsanar los errores y ajustar la incidencia y proporción de los rayos imitantes.

Al fin, a la cuarta prueba, la barra de hierro se duplicó.

Edwin lanzó un grito de júbilo, saltando y abrazando a Dean y a Sonia. Ésta también estaba satisfecha. Habían realizado una buena labor en condiciones muy difíciles. Pero el resultado era perfecto, después de todo.

Luego, Dean satisfizo a Edwin, convirtiendo su dinero en doble cantidad y reproduciendo el retrato de su esposa al mismo tiempo.

Edwin acarició sus objetos duplicados, expresando su reconocimiento a los dos científicos con una mirada de admiración y gratitud.

— No creí que esto fuera posible... Dudaba y no creía. Ahora que lo he visto con mis propios ojos, estoy dispuesto a dar mi vida por ustedes dos.

— De momento no será necesario hacer tal cosa, Edwin — contestó Dean, sonriente —. Ahora, vaya al pueblo y traiga algunos animales. Las pruebas con seres vivientes son algo más delicadas y requieren mayor atención.

— Sí, voy inmediatamente. Volveré esta tarde.

* * *

Edwin Reader no regresó sólo aquella tarde. Un oficial de policía le acompañaba. Al verlos llegar, desde la ventana de la casa, Sonia sintió un sobresalto. Luego, se rehízo, retrocedió y, tras meditar un instante, utilizó la puerta trasera para salir de la casa y correr dando un rodeo hacia el laboratorio donde estaba trabajando Dean.

— ¡Dean, la policía ha llegado con Edwin! — le gritó.

Él se puso pálido.

Sin embargo, reaccionó prestamente y dijo:

— ¡Ayúdame a poner las planchas por el piso!

— ¿Qué te propones, Dean?

— Nada más que ganar tiempo. Ese policía va a sufrir un sobresaltado y una descarga eléctrica.

— ¡No!

Pero Dean ya estaba arrojando junto a la entrada numerosos flejes metálicos, de un grueso haz que habían encontrado en el almacén. Y todo quedó conectado a un cable, cuyo contacto manejaba desde la mesa de control.

No había hecho más que prepara su trampa, haciendo que Sonia se situase junto a él, cuando se abrió la puerta y apareció Edwin Reader acompañado del oficial Booker, de la policía local.

Edwin venía muy cariacontecido.

— Buenas tardes — saludó el oficial de policía—. Siento tener que comunicarles que están ustedes arrestados. Tendrán que acompañarme a la ciudad.

— Lo siento, doctor Sorber — dijo Edwin —. No he podido evitarlo. En cuanto me vio en el pueblo empezó a preguntarme y…

— Bueno, ¿de qué me acusa? —preguntó Dean, seguro de sí mismo, sin moverse de donde se encontraba.

— En primer lugar — dijo el oficial —, esta fábrica es propiedad privada. Están ustedes aquí ilegalmente. Además, según me ha dicho Edwin, están ustedes reclamados por la policía de Pittsburgh. Hace tiempo que se les busca.

— No hemos cometido delito alguno, oficial — contestó Dean —. Estamos aquí realizando una experiencia científica de muy alto interés.

— Se lo he dicho, señor Sorber. Pero Clay Booker no está muy enterado de estas cosas. Si no le digo lo que ocurre, me habría encerrado y luego hubiese venido aquí.

— No tienen que convencerme de nada. Deduzco, por mis ojos, lo que aquí están haciendo. ¿Son ustedes Sonia Yukawa y Dean Sorber?

— Sí.

— Pues dejen eso tal como está y acompáñenme. Mi jefe se alegrará de conocerles.

— No puedo irme y dejar esto así, oficial — con testó Dean, tranquilamente—. Puede producirse una explosión de tipo cósmico, de la que oirán el ruido hasta en Washington.

— ¿Qué quiere usted decir? —preguntó alarmado el policía, llevando la mano a la funda de su pistola vibradora.

— Quiero decir que no utilice usted su arma aquí o sería el primero en lamentarlo. Escuche, oficial, no estamos jugando. Hemos preparado todo esto con fines científicos. Pero el tipo de nuestras experiencias es muy particular. No podemos movernos de aquí hasta que todo haya quedado desconectado. Y eso no se puede hacer en unos minutos.

— ¡No quieran tomarme el pelo, amigos! Esperaré el tiempo que sea preciso. ¿Cuánto durará?

— Cinco o seis horas.

Clay Booker era un policía de pueblo, no muy listo, pero no tonto del todo. Y se situó junto a la puerta, cruzándose de brazos

— Esperaré.

Dean inició una serie de manipulaciones que no tendían precisamente a la desconexión de la cámara de radiaciones, ni mucho menos. Lo que esperaba era que el oficial se situara sobre los flejes, y que Edwin se apartase de él.

— ¿Quiere ayudarme, Edwin?

— Sí.

El otro se acercó y Dean le dijo:

— Sujete este pulsador, Edwin... Así, bien... ¿Por qué le detuvo la policía?

— Hace días que tengo el parador cerrado. Temían que me hubiese ocurrido algo. Al verme, Clay salió de la oficina y vino a interrogarme. Quiso saber dónde había estado y qué estaba haciendo. Le dije que iba a comprar algunas aves y conejos. Pero él insistió en saber más, hasta el extremo de querer acompañarme. Yo tenía el propósito de ir al parador y quedarme allí, hasta que se cansara. Y luego venir aquí. Sin embargo, me preguntó por las huellas del furgón en el camino de la fábrica abandonada y dijo que quería venir aquí a echar un vistazo. No tuve más remedio que decirle la verdad y tratar de convencerle.

— ¿Sabe alguien en el pueblo que está él aquí?

— No. Salimos juntos de allí para ir al parador.

— ¡Ah, eso está bien!

Clay Booker, viendo hablar a Dean y Edwin y sospechando que tramaban algo, se acercó a ellos situándose sobre los flejes de hierro, que no parecían sospechosos en aquel revuelto lugar.

Dean se movió entonces con celeridad.

Sonia lanzó un grito.

Pero el verdadero grito de terror lo lanzó Booker, al recibir una descarga eléctrica que le hizo saltar violentamente por el aire, y luego caer sobre los flejes, donde recibió otra descarga menor.

Dean desconectó la energía y se acercó a él. El agente temblaba como una hoja de árbol, sacudida por el viento de abril. Estaba lívido y balbuceaba:

— Ha querido matarme... Esto es un atentado a la autoridad...

— Lo siento, agente —dijo Dean—. No puedo permitir que estropee usted mis experiencias. Voy a amarrarle y a retenerle aquí unos días. No le ocurrirá nada. Luego, iremos donde usted quiera. ¿Me entiende? Pero las pruebas que debo hacer son importantes.

— ¡Esto nos costará ir a prisión, Dean! —prorrumpió Sonia, asustada, al ver a Dean amarrando al agente con unos cables.

— Tranquilízate, Sonia. Nadie sabe que ha venido aquí. ¿No es así Edwin? ¿Y los animalitos?

— Están en una caja, en el furgón.

— Mientras yo atiendo al oficial, tráelos... Necesitaremos alimentos, Sonia. Agua y piensos.

— ¡Está castigado secuestrar a un oficial de policía! —gritó Booker.

— Esto no es un secuestro, oficial. Va a ser usted testigo de excepción de la prueba más sorprendente de la historia de la ciencia... Y le facilitaré asiento de preferencia.

Dean había terminado de amarrar las manos del agente. Le quitó el arma de la funda y le indujo a caminar hasta un asiento, donde terminó de amarrarlo sólidamente.

— Desde aquí verá bien lo que vamos a realizar.

Edwin regresó con la caja de los animales. Había cuatro conejos, de distintos tamaños, pollos, patos y un perrito que venía amarrado a una cuerda.

Dean introdujo el perrito dentro de la cámara de radiaciones. Regresó Sonia y le ayudó a revisar los instrumentos. Hicieron las correcciones oportunas, anotando datos en una ficha.

Luego, ante el asombro de Edwin y el agente Booker, de un perrito hicieron dos exactamente iguales, que salieron de la cabina tambaleándose y ladrando, para volcarse sobre los platos de comida y agua que les había preparado Sonia.

Clay Booker estaba asombrado.

— ¿Cómo han hecho eso? ¿Es cierto, pues, que tiene usted un doble encerrado en un manicomio?

— ¡Ah, amigo mío! Exactamente igual que ha visto hacer con el perro, podemos hacerlo con una persona. ¿No le gustaría a usted entrar ahí?

— ¡No! —exclamó el agente.

— ¿Bromeas, Dean? — preguntó Sonia, mirando fijamente a

Dean.

— ¿Por qué he de bromear, querida mía? — replicó él, sonriendo —. Ahora sabemos que nuestro trabajo ha sido un éxito… Debes estar cansada. Vete a descansar. Yo cuidaré de nuestros amigos.

—¿Y él?

— Trataré de ganarle a nuestra causa, Sonia. Estoy seguro de convencerle. Haré unas pruebas más con los conejos. Luego… ¡El policía o Edwin se prestarán a realizar la prueba!

— ¡No lo hagas, Dean! ¡Es demasiado peligroso! ¡Y no quiero que lo hagas contigo tampoco!

¡Ya sabes que la doble exposición a los «rayos mulantes» es nociva!

— No te preocupes. Ya estoy repuesto. Nuestros cobayos morían por debilidad. Pero si el perrito se repone y recupera su peso, podemos obtener cuatro ejemplares de uno.

En verdad, Sonia estaba muy cansada y preocupada. Por esto se retiró. Edwin se quedó con Dean.

— Vamos a experimentar con los conejos y los patos… Los meteremos todos a la vez en la cabina, Edwin. Aumentará nuestro corralito… ¡Podemos obtener un buen número de animales!

Clay Booker vio, con ojos llenos de estupor, como el grupo de animales que llenaba la cabina de radiaciones se duplicaba. Luego escuchó de labios de Dean.

— Ahora le toca a usted, amigo mío. Va a ser el segundo ser humano de la historia en repetirse a sí mismo.

— ¡No lo hará! ¡No lo consiento! —protestó el agente.

— Ayúdame, Edwin. Vamos a meterle con silla y todo… Quedará un poco justo, pero no hay peligro.

— ¡No, no me toquen!

Sin embargo, entre Edwin y Dean metieron a Clay Booker en la cámara de radiaciones…

Capítulo IV

— ¡Mátale, Booker! — ordenó Dean en tono tajante.

Clay Booker desenfundó el arma que yacía sobre la mesa y apuntó con ella al hombre exactamente igual a él que continuaba aturdido y amarrado a la silla.

Se produjo un chisporroteo y la muerte destrozó al individuo que acababa de ser reproducido y sacado, aún atado a la silla, de la cámara de radiaciones.

Edwin Reader, pálido como un muerto, no daba crédito a lo que estaban viendo sus ojos.

¡Se había producido el milagro de la reproducción de dos seres! ¡Dean Sorber, impasible, examinó a los dos hombres iguales, utilizando una especie de contador Geiger! ¡Luego, desató a uno de los dos y ordenó la muerte del otro!

— Ahora te toca a ti, Edwin.

— ¡No, yo no...!

— Obedece o mueres.

— ¿Por qué...? ¿Por qué le habéis matado?

— Él no existe... — musitó Clay Booker—. Sólo existo yo... Tengo sed y hambre.

— Comerás en seguida —dijo Dean secamente—. Entra en la cámara, Edwin.

— ¡No! —chilló el otro, dando media vuelta para ir hacia la salida.

¡Allí tropezó con Sonia Yukawa, que apareció en la puerta!

— ¡Socorro, señora Sorber! ¡Me quieren...!

Dean corrió hacia él, le sujetó por el cuello

y lo hizo retroceder.

— ¿Qué significa esto, Dean? —preguntó ella, trémula.

— ¡Hola, querida. Entra... ¿Qué significa esto? — Dean sonrió a la sorprendida muchacha —. Ahora lo verás...

De un golpe seco al mentón, Dean dejó inconsciente a Edwin, quien cayó Plácidamente en sus brazos.

Sonia vio el cuerpo del agente muerto en su silla y emitió un grito. Pero el otro agente, el Clay Booker duplicado, la encañonó

con el arma que empuñaba.

— Quédese quieta, señorita. Y no se alarme... Si intenta huir, le haré daño en las piernas. Puedo paralizárselas...

Dean llevó a Edwin hasta la cabina, donde le dejó tendido en el suelo. Salió y cerró la compuerta, por el procedimiento de atar sólidamente la cuerda a su alrededor.

Sonia miraba aquella operación con ojos desorbitados.

— ¿Y qué pretendes demostrar, Dean?

— Nada, amiga mía. Está demostrado ya. Eso es un ser humano... Dentro de poco tendremos dos seres. Uno seguirá siendo humano... ¡El otro será como yo!

— ¿Cómo tú?

— Sí. Yo soy la energía ultracósmica reproducida en hombre. He permanecido latente en el espacio sideral desde que broté del corazón de la materia. Gracias a tu padre, por vez primera en la historia de todos los siglos, es posible que la materia posea cuerpo y razón, algo capaz de transformar totalmente el universo.

«Ni Clay ni yo somos seres de carne y hueso en el estricto sentido de la palabra. No tampoco lo serás tú, ni Edwin. Vamos a ser los primeros cuerpos humanos hechos de energía ultracósmica... ¡Ya somos tres, Clay!

Efectivamente, dentro de la cabina, se había producido la mutación doble. Dos Edwin Reader estaban en tierra, uno junto al otro, en idéntica postura, con las mismas ropas... ¡exactamente iguales en todo!

— ¡Esto no puede ser, Dean! ¡Eres tú el loco y no el otro! — exclamó Sonia.

Él no la escuchó, sino que fue a la cabina y la abrió. Comprobó con el contador tipo Geiger los dos cuerpos. Hecha esta verificación, levantó uno de los cuerpos y lo sacó al exterior.

— Ése también debe morir, Clay. Sería un enemigo en potencia. Y, de momento, no nos conviene que nos descubran... ¡Mátale!

Clay Booker ejecutó al Edwin Reader que continuaba dentro de la cabina. Aquella ferocidad y sangre fría y la desintegración virtual de la cabeza del infeliz, hizo que Sonia sintiera un vahído y quedase desmayada.

Sin prestarle atención, febrilmente, Dean se dedicó a reanimar al Edwin que el contador tipo Geiger le había indicado como un ser energético.

En esto no podía engañarse. Lo había comprobado en sí mismo.

Con sólo tocarle el pulso y sentirlo fuerte, casi metálico, le habría bastado. Pero necesitaba el contador para estar seguro. Un

fallo podría ser fatal.

— Tengo hambre y sed — dijo Clay Booker, después de ejecutar al inservible Edwin Reader, como antes había ejecutado a su propio doble.

— En la casa encontrarás alimentos, Clay. Yo atenderé a Edwin... No debí golpearle antes de meterle en la cámara.

— Ella se ha desmayado.

— Mejor. Así no nos molestará... Si acaso, le sujetaremos los pies y las manos. No quiero que escape.

— ¿No vas a someterla a radiaciones?

— Se está yendo el sol. Habrá que dejarlo para mañana... No importa. Hoy hemos hecho una buena labor, Clay.

— Sí. Pronto habrán desaparecido todos y nosotros dominaremos su mundo... Es curioso cómo son los hombres... Su ficción y temor al espacio le han hecho crear una leyenda en torno a invasiones extragalácticas. Qué poco podían imaginar cómo se iba a producir la invasión de la energía viviente del espacio... ¡Ellos mismos nos han facilitado los medios para sustituirles!

— Cierto, Clay. Y poseyendo los «rayos mutantes», nadie podrá impedirnos que la energía ultracósmica venga a ocupar los cuerpos de estos seres infelices, hechos de materia vulgar y deleznable — contestó Dean Sorber, sonriendo de modo siniestro.

Clay salió, tras haber dejado el arma desintegrante sobre la mesa.

Dean recurrió a un frasco de agua fría para reanimar el cuerpo de Edwin, cosa que logró al segundo intento. El desvanecido sacudió débilmente la cabeza y luego se pasó la lengua por los labios.

— ¡Oh...! ¿Qué me ha ocurrido?

— Lo siento, Edwin. Tuve que golpearte para hacerte entrar en la cámara de radiaciones.

— ¡Ah, sí...! ¿Ya está?

— Ya está, Edwin. Apóyate en mí. Te ayudaré a incorporarte. Debes estar débil.

— Sí... Muy débil... Gracias, Dean... Recuerdo que sentí miedo... ¿Y mi otro...?

— Ahí le tienes. Clay lo ha destruido.

En pie, Edwin miró la figura que yacía dentro de la cabina de cristal magnético. No tuvo compasión de sí mismo.

— Es mejor así —murmuró—. ¿Dónde está el otro?

— Se está alimentando. Es mucho lo que debes recuperar. Por suerte, hay alimentos en la casa. Estaba previsto. Ve con él y come

todo lo que puedas.

— ¿Y qué hacemos con ella?

— Yo la llevaré a la casa. Aquí ya poco podemos hacer por hoy.

* * *

Sonia abrió los ojos y se encontró tendida en el sofá del salón. Trató de moverse, pero notó las manos amarradas a la espalda y los pies atados por los tobillos.

Oyó voces en la cocina.

— ¡Dean! —llamó a voz en grito—. ¡Por el amor de Dios, Dean! ¿Qué has hecho?

Él apareció en la puerta de la cocina, seguido de Clay Booker y Edwin Reader.

— Lo siento, Sonia. Debemos esperar a mañana para transformarte en un ser como nosotros. Se ha debilitado el sol. En un laboratorio como el de tu padre, esto no habría ocurrido. Aquí lo hemos tenido que improvisar casi todo. Ya sabes.

— Pero... ¿quiénes sois? ¿Por qué habéis hecho...?

Dean se sentó frente a ella, mientras que los dos hombres con sendas botellas de leche en la mano, comían grandes bocadillos y bebían largos tragos.

— Mis hermanos del cosmos —dijo Dean—. Edwin Reader y Clay Booker. Sus homónimos terrestres han muerto. No los necesitamos ya. Y sería un compromiso conservarles con vida.

«Yo debí matar a mi otro yo. Pero no acerté a hacerlo. Estaba desorientado al principio. Ahora, sin embargo, conozco mi camino. Regresaremos a Pittsburgh, Sonia. Tú vendrás conmigo. Dean Sorber tiene que morir. No puede haber más que un ser semejante a mí. Será eliminado y su caso olvidado. Todo este trabajo debe permanecer en secreto. Así las gentes irán desapareciendo y surgiendo hombres nuevos en su lugar.

— ¿Seres nuevos? ¡No te acabo de comprender!

— Estamos hechos de energía cósmica, Sonia. Tú serás como yo. Somos seres humanos, cuyo origen está en el mismo principio de la energía cósmica. Seres privilegiados, inteligentes y eternos. Nosotros poseemos el secreto de la misma energía, que está en nosotros, recogida del cosmos.

«En la Tierra se va a producir un gran cambio universal. Los seres mortales que la pueblan desde sus principios van a ser sustituidos por nosotros. Es una especie de invasión o relevo. Hemos venido gracias a los rayos mutantes. Hemos reencarnado en esta envoltura carnal.

«Todas las experiencias realizadas por tu padre han hecho venir del espacio exterior la energía cósmica. Los minerales no se reproducían sin causa externa. No había duplicidad, sino transformación de energía en materia, con pérdida de peso debido a la penetrabilidad física de la energía.

«Yo no soy exactamente igual que mi otro yo. El Dean Sorber que las autoridades tienen en un centro psiquiátrico, es de carne y hueso. Me ha cedido la mitad de sus células. Pero él sigue siendo mortal, mientras que yo, fruto de la energía ultracósmica, viviré siempre por regeneración continuada de mi materia energética.

— No puedo creerlo, Dean… Lo que dices no es posible…

— Mañana te convencerás, Sonia. Porque he trabajado durante todo este tiempo para hacerte igual que yo. He tenido que mentir por qué no me habrías creído. Ellos me creen ahora. ¿Verdad, Clay?

— Sí, Dean. Es cierto lo que dices —dijo el hombre que hasta poco antes había sido agente de policía en la ciudad de Hurón, y cuyo doble él mismo había eliminado.

— Somos los tres primeros ejemplares de la nueva raza humana. Por nuestro laboratorio pasarán nuevos hombres. Luego construiremos otros laboratorios secretos y acabaremos convirtiendo en seres como nosotros a toda la humanidad.

Sonia creyó volverse loca. ¿Cómo era posible aquello? Los tres hombres parecían miembros de una nueva familia. No guardaban rencor a Dean por lo que había hecho con ellos. Y, sin embargo, era la más extraordinaria locura, desatinada y disparatada, que había escuchado en su vida.

— ¿Habéis venido del espacio?

— Sí. Nosotros vagamos, como energía cósmica, por el espacio, procedentes de todos los soles que cubren el universo. Alguna vez el hombre encontraría el medio para corporeizarnos. Y la hora llegó con el profesor Yukawa, al que hemos de venerar y convertir en nuestro Primer Padre, cuando hayamos transformado su cuerpo en plasma cósmica.

— ¿Y para que vosotros, seres fatídicos, podáis tener uh cuerpo y una razón, habéis de exterminar a la humanidad?

— Con eso os hacemos un favor. Os privamos de la esclavitud. No podemos convivir con seres inferiores, aunque cada uno de vosotros haya contribuido a darnos la vida.

«Además, nosotros hemos de modificar las formas de vida de este mundo. Hemos de regirnos por otros principios. No podemos repartir con vosotros el alimento que necesitamos para la regeneración. Dos cuerpos necesitan muchas calorías energéticas, y

uno de ellos no nos sirve, por haber servido de plantilla o modelo.

«Los dobles de Clay y Edwin habrían devorado tanto como ellos, para regenerarse y luego tener que fallecer dentro de algunos años. Eso es una pérdida de calorías que hemos de eliminar. La muerte de esos seres nos producirán más beneficio bajo tierra.

«El suelo de este planeta necesita ser abonado con materia orgánica. Hay que obtener nuevas y más abundantes cosechas. Cuando toda la humanidad haya fallecido, y no toda servirá para reproducirnos, puesto que nuestro objetivo en este planeta consiste sólo en poblarlo con pocos millones de seres, nosotros crearemos otros mundos poblados por semejantes nuestros, recogidos de la energía cósmica.

«Aquí sobra gente. En el cosmos hay muchos mundos despoblados. Debemos crear nuevas razas, cuyo denominador común sea la fuente de energía cósmica. Vuestro ciclo de materia química ha terminado.

* * *

Sonia fingió quedar dormida. Así pudo oír a Clay.

— Se ha dormido... Debe estar muy excitada.

— Ha trabajado mucho en los últimos días. Dejémosla. Uno de nosotros debe vigilar. Mañana enterraremos los cuerpos de esos infelices. Será necesario ir a buscar más gente a Hurón. Necesitamos reproducirnos cuanto antes mejor, para extendernos rápidamente por el mundo.

«Nosotros retenemos el saber de los hombres y añadimos a ello nuestra capacidad creadora universal. No hay opción. Somos mejores que ellos.

— Pero y si nos descubren, ¿qué ocurrirá?

— Buena pregunta, Edwin — contestó Dean —. Si nos descubren, tratarán de destruirnos. Ahora ya no es posible. Todos conocemos el secreto de los «rayos mutantes». Haremos cámaras de radiaciones ultracósmicas.

«Pueden atacarnos y destruirnos. Las armas que emplean nos aniquilan como a ellos, pero nos reproduciremos como los hongos en tierra propicia. Antes de que se den cuenta, seremos varios millares y habremos construido infinidad de cámaras de radiación.

«Ella nos ayudará mañana mismo. Luego, recuperaremos a su padre. Pero los humanos tienen que ser exterminados hasta su raíz.

«Y también hemos de seleccionar nuestra raza. No podemos elegir a esos hombres tal y como sean. Deben ser inteligentes, fuertes, ágiles, jóvenes, bien parecidos.

— Yo no soy eso exactamente —habló Edwin.

— No importa. Eres el segundo de mi grupo. Tú estás conmigo. Edwin Reader. Clay también es m' segundo. Pero en lo sucesivo, elegiremos a los mejores.

«Ahora, Clay se quedará a vigilar y nosotros descansaremos.

Con los ojos cerrados, Sonia escuchó estas palabras. Comprendió que la cámara de radiaciones había creado una especie de locos megalómanos, capaces de cometer los mayores disparates. Ella no creía que fuesen seres creados por la energía generadora. Allí ocurría un fenómeno extraño que sólo su padre, si estuviera presente, podía descifrar.

Sin embargo, Sonia no estaba dispuesta, ni mucho menos, a dejarse dominar por Dean y sus nuevos «amigos». Tenía que escapar cuanto antes. No quería ser llevada a la cabina de radiaciones. Sabía bastante ya del pensamiento de Dean para no desear quedarse allí, con él.

El primer paso que dio para intentar la huida fue el fingirse dormida. Esto haría que los otros abandonasen su guardia. Y cuando la dejasen sola tenía que aflojar sus ligaduras y escapar con el coche, para comunicar a las autoridades lo que estaba ocurriendo.

No fue tarea fácil luchar con los cables que atenazaban sus muñecas. Retorció las manos hasta lacerarse la piel. Se frotó contra el sofá donde estaba tendida.

Clay Booker había salido de la casa para ir al laboratorio y echar un vistazo allí. Cuando regresó, contempló a Sonia, que de nuevo fingía estar dormida, y luego se fue a la cocina, a beber y comer.

Al fin, Sonia consiguió librarse de las ataduras de sus tobillos. No pudo seguir haciendo fuerza con las manos por tener las muñecas en carne viva. Pero cuando Clay se quedó dormitando en la cocina, ella se puso en pie y se dirigió al exterior, corriendo luego hasta el laboratorio.

Allí, a la débil luz de una lámpara de cuarzo, llegó hasta la mesa de trabajo y, de espaldas, tomó unas tenazas. Febrilmente, situó la herramienta de forma que pudiera apresar uno de los cables de sus muñecas, y luego presionó con el cuerpo. El cable se cortó y Sonia quedó libre.

Iba a salir corriendo del laboratorio, cuando tuvo una súbita idea. En aquella cámara de radiaciones estaba el tremendo peligro. Era necesario inutilizarla de algún modo antes de tratar de huir, para lo que contaba con su propio automóvil eléctrico.

Uno de los transformadores que ella misma había construido le

dio la idea. Sólo tenía que modificar las conexiones y conectarlo. El aparato se incendiaría en pocos momentos. Luego, estallaría el líquido que contenía, y todo el laboratorio sería pasto de las llamas.

Dean habría de trabajar duramente para rehacer todo aquello.

Estaba terminando de hacer su sabotaje, cuando oyó ruido en la entrada. Se volvió y vio a Clay con una linterna en la mano.

— ¡Supuse que estarías aquí! ¡Quieta o disparo!

— ¡Dispara, engendro! — gritó Sonia, agachándose instintivamente, a la vez que conectaba el cable que suministraba un voltaje a los flejes puestos por Dean delante de la entrada.

Y Clay Booker, por segunda vez, recibió una tremenda descarga eléctrica. Sin embargo, en esta ocasión, sucedió algo insólito.

Clay no gritó. Se crispó, ¡su cuerpo se hizo fosforescente y chisporreante, al recibir la descarga, y terminó por caer al suelo, donde se desvaneció en pocos segundos, como si hubiese sido una pavesa o algo hecho de materia candente!

Sonia no esperó a ver la desintegración total de aquel extraño ser. Utilizó la puerta interior de la fábrica, por temor a tropezar con los flejes. Cruzó una nave llena de polvo y salió al patio, por una puerta pequeña.

Una vez en el exterior, corrió hacia donde tenía el coche. Temía que Dean o Edwin se despertasen y la descubrieran. Sabía que ellos también necesitaban descansar, pero sus temores no se disiparon hasta que estuvo en el vehículo, ya rodando silenciosamente hacia la verja de entrada a la factoría abandonada.

Allí la esperaba otro obstáculo. Dean o algunos de los otros había vuelto a colocar el candado y la cadena. Se trataba de un candado que Edwin trajo de Tucson, para cerrar la verja. Y Sonia no tenía la llave.

Aquello era un contratiempo que podía impedirle la huida. Sin embargo, detuvo el coche y saltó al suelo. Cuando se disponía a regresar al laboratorio en busca de una barra de hierro para romper la cadena, vio algo al otro lado de la verja, en el camino, que la hizo saltar de alegría.

¡Las luces de un coche que se acercaba!

Pocos minutos después, el coche la enfocaba con las luces y una voz autoritaria ordenaba:

— ¡Quieto ahí, no se mueva o disparamos!

— ¡Abran la verja, por el amor de Dios! ¡Necesito salir de este infierno!

Cuatro hombres armados y uniformados se movieron delante del coche. Todos empuñaban armas vibratorias. Uno de ellos hizo saltar

la cadena de un disparo. Luego, de un puntapié abrieron la verja.

— ¡Están en la casa! ¡Vayan a detenerlos!

— Hazte cargo de ella, Sullivan. Métela en el coche y vigílala bien. ¿Ha visto usted por aquí al agente Booker y al dueño del parador de la carretera?

— Sí, sí — contestó Sonia, nerviosamente —. Tengan cuidado. Son locos muy peligrosos y tratarán de escapar.

Sin embargo, ni Edwin ni Dean Sorber opusieron la menor resistencia a. la policía de Hurón. Estaban profundamente dormidos ambos.

Fueron esposados e interrogados. Luego, al encontrarse el cuerpo de otro Edwin Reader y del oficial Booker, atado aún a la silla, donde halló la muerte, el comisario de policía tuvo la impresión de haber penetrado en un mundo dantesco.

— ¿Quién es usted? —preguntó a Edwin Reader.

— Edwin Reader. ¿No me conoce, comisario Kenneth?

—¿Y él?

— El es mi otro yo, comisario. Le mató el oficial Booker.

Capítulo V

— ¡Se fundió como una masa de gas a consecuencia de la descarga eléctrica! —explicó Sonia medio turbada—. Yo quería destruir el laboratorio antes de huir. Pero el oficial Booker me sorprendió.

Frente a la joven había un tribunal científico, compuesto por diez eminentes físicos, uno de los cuales era su propio padre.

A su izquierda se hallaban seis altos funcionarios del gobierno. Allí también estaban los dos Dean Sorber, ambos esposados, y custodiados por la policía. Y Edwin Reader, con la cabeza baja, estaba sentado en otra silla, también vigilado por dos agentes de policía.

— Señorita Sorber —habló uno de los funcionarios del gobierno —, ¿quiere usted señalarnos al hombre que se la llevó de Pittsburgh?

Sonia señaló a Dean Sorber-Dos.

— Es aquél.

— ¿Cómo está tan segura, si son iguales?

— He convivido con él durante casi cinco meses en aquella fábrica abandonada.

— Bien. Puede usted volver a su sitio... Que salga a declarar Dean Sorber-Uno.

El aludido se puso en pie y se acercó al estrado donde había estado sentada Sonia. Mostró sus manos esposadas a los hombres de ciencia que tenía delante y preguntó:

— ¿Es justo que encima de haber sido encerrado como un demente, ahora tenga que estar así, como un criminal?

— Lo siento, señor Sorber. No está suficientemente probada su identidad.

— ¿No, señor presidente? Fui a ver al doctor Stillman, para consultarle mi caso, le dije la verdad, y me encierran. Ahora que todo está explicado, ¿debo continuar siendo tratado como un sujeto peligroso para la sociedad?

— Permítame recordarle, ingeniero Sorber, que todo esto lo provocó usted, al hacer la experiencia en su propia persona.

— Siento no estar de acuerdo con usted, señor Manson —intervino el profesor Yukawa—. Si mi ayudante no hubiese hecho la experiencia, la habría hecho yo. Nosotros no podíamos imaginar las consecuencias de la prueba. El resultado era imprevisible.

— ¡Cometió usted un terrible error al abrir esa puerta a la fuerza más increíble que popula por el cosmos, profesor Yukawa! ¡Hemos de cerciorarnos bien de que no queda ningún cabo suelto! ¡El cuerpo del agente Booker no ha aparecido aún!

— Sonia Yukawa ha declarado lo ocurrido.

— ¿Sabemos si Sonia Yukawa miente? —preguntó un funcionario del gobierno—. ¿No inventaría esa historia para dar oportunidad a su camarada para huir? ¡Ella misma ha dicho que Clay Booker estaba despierto!

— De nuevo volvemos a lo que ya hemos discutido; Sonia quería escapar de sus captores. Tenía huellas en las muñecas de haber sido atada. Eso no pudo hacérselo en un instante, cuando llegó el comisario Kenneth.

Científicos y funcionarios se enzarzaron en otra de sus desusadas discusiones. El presidente del tribunal científico hubo de acallar a los reunidos, y luego decir:

— Caballeros, de continuar así, habré de renunciar a presidir este tribunal. Esto no es manera de entenderse. Vamos y venimos sobre los mismos asuntos, sin resolver nada.

«En primer lugar, debemos identificar plenamente a esos seres dobles. Parece que no hay duda con respecto a los dos Dean Sorber. El que estuvo encerrado en el centro psiquiátrico no ha causado más daño que el de haber realizado la experiencia en su persona.

»Ahora bien, hay diferencias magnéticas entre uno y otro. El primero, o sea nuestro presunto demente, es normal. El otro está dominado por las radiaciones.

— Así es, señor presidente. Edwin Reader y él presentan esas anomalías. Sonia Yukawa, en cambio, también es normal.

— Correctamente. Eso corrobora la tesis de la señorita Yukawa, a la que me inclino a creer. ¿No opinan ustedes así?

Los científicos asintieron. Los funcionarios se limitaron a tomar notas.

— Fiable usted, profesor Yukawa. El testigo le corresponde.

Suki Yukawa miró al infortunado Dean Sorber y dijo:

— Lamento haberte metido en esta situación, hijo mío. Pero ten confianza en nosotros. Sé lo que has sufrido. Comprendo que lo hiciste por defenderme, y eso es elogiable. Pero mis intereses eran los de la «E. C. Inc.». Debiste obedecer al señor Maxim.

— ¿Sin haber efectuado la gran prueba?

— Esas pruebas no se pueden efectuar como tú hiciste. Se requiere mucha preparación, cálculo, seguridad, experiencia. Yo habría hecho la prueba, en efecto, pero en otras circunstancias. ¿Te das cuenta de lo que ha estado a punto de ocurrir?

— No sabemos si el hombre que falta está muerto o logró escapar —apuntó de nuevo otro funcionario.

— Por favor. Sólo tenemos el testimonio de mi hija. Y yo confío en ella. A los demás no les queda más remedio que hacer lo mismo... ¿Creen que encerrándolos a todos van a lograr que Clay Boker resucite? Yo más bien creo, estoy seguro de poder demostrarlo, que si sometemos a Edwin Reader a una descarga eléctrica, presenciaremos el mismo fenómeno que dice haber visto mi hija.

— ¡Eso sería una prueba irrefutable! —exclamó un funcionario.

— No soy partidario de ello, pero la tranquilidad de todos me induce a someter a los acusados a esa prueba de fuego.

— ¡No! —gritó Dean Sorber-Dos, poniéndose en pie de un salto, entre los agentes que le custodiaban—. ¿Es que no se dan cuenta de que se ha logrado una especie nueva de ser humano? ¡Nosotros podemos vivir eternamente, si no nos destruyen las fuerzas desencadenadas del cosmos! ¡La electricidad es nuestro peor enemigo, porque se compone de energía positiva y negativa!

Aquello resultaba una confesión directa, cosa que no había hecho Dean Sorber hasta entonces. El resultado fue una reunión privada entre funcionarios y científicos, en el que se acordó someter a Dean Sorber-Dos, en primer lugar, a una corriente eléctrica.

Después de una votación, se decidió modificar la prueba y electrocutar a Edwin Reader en presencia del propio Dean Sorber. Y, por ello, se acordó también dejar libre a Dean Sorber y a Sonia Yukawa.

Esta decisión fue tomada después de una conversación que tuvo el profesor Yukawa con el Presidente del Consejo Nacional Científico, el cual recurrió al Primer Magistrado de la nación.

Yukawa dijo, escuetamente:

— Si mi hija y Dean Sorber no son puestos en libertad, me reservo el derecho de continuar las experiencias interrumpidas y que cada uno cargue con las consecuencias de lo que ocurra... ¡Y no vacilaré en experimentar conmigo mismo!

Suki Yukawa estaba dispuesto a cumplir su amenaza.

* * *

La declaración de Sonia quedó confirmada con la muerte de Edwin Reader, ejecutado en la silla eléctrica del viejo caserón de Baltimore, donde estaba el museo de Historia. Hubo que hacer ciertos arreglos. Pero en presencia de numerosos testigos, el reo se convirtió en luz, llama y se desintegró.

Dean Sorber-Dos, que presenció la ejecución de su compañero, se hundió totalmente, y desde aquel momento colaboró con las autoridades en todo. Sólo quería salvar la vida. Era la única oportunidad que tenía de vivir. Y si vivía, tal vez pudiera escapar de su encierro.

Lo dijo todo. Explicó cómo engañó a Sonia con sus mentiras y se la llevó a un lugar desierto, donde poder construir el laboratorio. Todo era exactamente igual a lo dicho por Sonia, con lo que esta quedaba exonerada y puesta lejos de toda duda, como desde un principio había pretendido hacer Dean Sorber-Dos.

Sin embargo, esta colaboración no le sirvió de nada. Dos meses más tarde, él también era desintegrado, para seguridad mundial y universal. Fue ejecutado del mismo modo que lo había sido su compañero Edwin Reader. La ciencia estuvo allí, realizando comprobaciones de todo tipo, y obteniendo muestras del gas luminoso y efímero en que se convirtió su cuerpo durante unos segundos.

Nadie consideró aquello como un ajusticiamiento, porque Dean Sorber-Uno también se encontraba presente, como ayudante y colaborador de Suki Yukawa.

Al terminar la eliminación de aquel ser, Yukawa debía dar una conferencia y lo hizo en su propia cátedra, para numerosos hombres de ciencia del mundo entero, para sus alumnos y para la prensa.

— Amigos míos —empezó diciendo el profesor Yukawa —, un colega, el doctor Aldiss, que ha sido injustamente expulsado del claustro de profesores, sintió curiosidad por conocer lo que estaba ocurriendo en el laboratorio «B». No vaciló en sobornar a mis alumnos y a mi recepcionista.

«Hizo más. Presentó un escrito al Consejo de Ciencias. Y, por otro lado, se requería mi presencia en una expedición a Marte.

«Ante estas circunstancias, mi ayudante Dean Sorber temió por la seguridad de unos experimentos que no me pertenecían. El laboratorio «B»

y la cámara de radiaciones ultracósmicas habían sido patrocinados por la «E. C. Inc.».

«Yo advertí a la empresa, antes de irme a Marte, de lo que podía ocurrir si mi joven y vehemente colaborador creía haber

descubierto la fuente vital de la energía.

«No fue más que su celo, su fidelidad, las circunstancias. Creyó su deber proteger mi trabajo y lo hizo de una manera heroica, que todos debemos agradecer eternamente.

«Dean Sorber, sometiéndose a las radiaciones ultracósmicas, nos hizo un señalado favor. De no haberlo hecho, las cosas se habrían desarrollado de otra manera. Tarde o temprano, al aplicar los «rayos imitantes», involuntaria o voluntariamente, a una persona se había creado el ser que tanto debemos temer, ahora que le conocemos.

«La ciencia debe experimentar y saber lo que conviene a la humanidad y lo que no conviene. Sabemos que hay fuerzas latentes en el espacio exterior, en estado de materia y energía. Si esas fuerzas logran llegar hasta nosotros y nos dominan, la humanidad debe darse por perdida.

«Eso lo presentíamos, pero lo ignorábamos. Ahora, gracias a las afortunadas circunstancias y al heroísmo de Dean Sorber, conocemos una de esas fuerzas y sabemos cómo librarnos de ella.

«No ha ocurrido nada más. Han muerto dos hombres. Importan mucho a la ciencia los nombres de Clay Booker y Edwin Reader. Eran seres vivientes que estaban entre nosotros. La misma fuerza que los transmutó, los ejecutó. Establecían un programa que se iniciaba en una fábrica abandonada e iba a terminar con todos nosotros.

«¿Qué ocurrió científicamente? Eso es lo que esperan saber ustedes y eso es, precisamente, lo que yo no voy a decirles. Mis archivos han sido destruidos. Soy lo suficiente viejo como para esperar que dentro de algunos años, Dios quiera llevarme con El.

«Sólo mi hija y mi futuro yerno conocen el secreto. Y ellos, más que nadie, tienen motivos sobrados para no divulgarlos... ¡Tampoco creo que intenten hacer nuevas experiencias!

Dean y Sonia se miraron. Ambos sonrieron.

— No, papá. Puedes estar seguro.

— Los «rayos mutantes» existen, pero no son útiles —continuó diciendo Suki Yukawa—. Por tanto, la «E.C. Inc.» no ha perdido nada. Se le compensará sobradamente con las patentes adquiridas por Dean Sorber.

«De esa extraña experiencia hemos obtenido otros resultados de fácil aplicación, que serán útiles a la humanidad. La reproducción de la materia es muy importante. En realidad, se han obtenido materiales enteramente nuevos, que antes sólo se obtenían por bombardeo atómico del núcleo.

«Mi sistema es mucho más simple...

Al terminar su conferencia, Suki Yukawa recibió calurosas felicitaciones. Unos meses después le era concedido, al fin, el Premio Mundial de Ciencias, con una dotación en metálico de diez millones de créditos.

Dean Sorber y Sonia se habían casado ya, en Pittsburgh. La relevante figura del rugby universitario llevó a la boda un cortejo de admiradores como no se recordaba en mucho tiempo.

Dean y Sonia se habían hecho famosos a causa del suceso que protagonizaron. Y de ello habían hablado, naturalmente, cuando se vieron libres.

— ¿Qué hiciste? —le preguntó ella.

— Al salir del laboratorio regresé a casa. Traté de buscarte y pensé que te habías ido con «él». Como no podía confiar en nadie, abrumado y desconcertado, opté por consultar con el doctor Stillman, a quien le conté el caso.

«No me creyeron, pero se difundió la noticia. Creo que fue Dick Morton quien dio la alarma. La ciencia optó por dejarme a un lado, y me facilitaron una celda acolchada. Era una solución fácil, que, de no haber sido por ti, habría costado la vida a la humanidad entera.

— ¿Cómo iba a suponer yo que él no eras tú?

— Te habrías equivocado. Era yo, pero con otra materia. La mitad de mí mismo estaba en él. Y si me amas, debiste seguirle. Con su talento extraordinario te pudo engañar fácilmente.

— No siempre —dijo ella—. Tenía mis dudas. Sin embargo, las explicaciones que me daba eran convincentes. Supo captarse la amistad de Edwin, para obtener su ayuda.

— ¿Y tú?

— ¿Yo, qué?

— Si le creías un ser humano, ¿le amabas como a mí?

— Sí, pero... Él no era como tú. Era un ser frío y calculador. Su cerebro siempre estaba trabajando intensamente. Yo no era más que un instrumento.

—¿Te besó?

— Se mostró sólo atento. ¿Es qué tienes celos?

— Bueno... Yo estaba encerrado en una celda.

Vosotros estabais libres...

— ¡Pero trabajando siempre! ¡Oh, Dean, ahora sé que me quieres! ¿Cómo puedes sentir celos de ti mismo?

—¡Tonta!

En aquella ocasión, Dean abrazó a Sonia tan intensamente que hasta le causó daño. Pero ella resistió estoicamente, llena de

felicidad. Así había querido siempre sentirse abrazada. Aquello le ayudó a olvidar muchas cosas.

— ¡Dean, te amo con locura!

Dick Morton también intervino en el desenlace. Se presentó en casa de Dean, pidió permiso para entrar, cuando él le abrió la puerta, y luego, mientras bebían unas copas el jefe de investigaciones de la «E. C. Inc.» dijo:

— Henry Maxim no sabe con quién está molesto, si contigo o con el otro Dean Sorber.

— Sólo hay un Dean Sorber.

— Sin embargo, se ha reconsiderado el caso. Todos queremos que continúes trabajando para nosotros., Hemos estudiado tu memoria. El «cyborg-5» es muy interesante. Y, como te anticipé, hay patentes que nos interesan.

Dean sonrió.

— ¿Olvidado, pues?

— Olvidado, Dean.

Se dieron calurosamente la mano.

— Yo me debo a la empresa, Dean. Sin embargo, soy humano. Los de arriba, como Henry Maxim, quieren resultados prácticos. Ahora tiemblan al pensar en lo que pudo ocurrir, si el otro Dean Sorber se mete en la empresa.

— Habría sido terrible, sin duda.

— Yukawa ha destruido todos los diseños de su cámara. Pero tú los recuerdas.

— No.

— ¿Y Sonia?

— tampoco.

— Mejor… Se nos ocurrió que podía tratar de averiguar algo que ya no se podrá saber jamás.

— ¿Qué?

— Si esos seres habrían sido inmortales.

— No creo que nadie de nosotros viva lo suficiente para averiguarlo. ¡Y olvídese de todo ello, Morton! ¿Quiere que trabaje en el «cyborg-5?

— Sí.

— ¿En Nueva York?

— Sí.

— Estupendo. Después de la boda, Sonia y yo nos trasladaremos allí, Pittsburgh se ha quedado pequeño.

—¿Cuándo es la boda?

— La semana próxima.

— Acudiré a ella… ¡Ah, y me alegro mucho que te dejaran salir del centro psiquiátrico!

— Me vino bien estar unos meses allí. Se hace una excelente cura de reposo.

Ambos se echaron a reír. Poco después, llegaban Sonia y su padre. La conversación giró entonces en torno a la próxima boda. Luego hablaron de todo un poco… ¡Tenían muchas cosas de qué hablar!

FIN

OTROS TÍTULOS DEL MISMO AUTOR:

HORÓSCOPO MORTAL,

En Espacio, 509

PRISIÓN GLACIAR,

en Ciencia Ficción, 93

FANTASMAS DEL FUTURO,

en Espacio, 507

LA LUZ VIVIENTE,

en Ciencia Ficción, 91

Próximo título:

CHANTAJE A LA TIERRA

por

CLARK CARRADOS

El problema era sencillo. Sólo tenía dos soluciones: Pagar la fabulosa suma exigida o dejar que se consumara la catástrofe mundial, porque no había manera de evitar el

CHANTAJE A LA TIERRA

ÚLTIMOS NÚMEROS PUBLICADOS EN LA COLECCIÓN

CIENCIA FICCIÓN

90 — HOMINIZACIÓN
91 — LA LUZ VIVIENTE
92 — EL ASESINO DE JULIO VERNE
93 —PRISIÓN GLACIAR
94 —EL RAYO MUTANTE

BOLSILIBROS TORAY



OESTE



TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.



HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



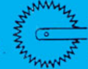
RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.